héroes del ESPACIO

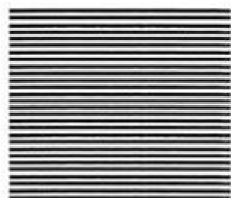
NOVELAS ECSA

PLANETA HAMBRIENTO

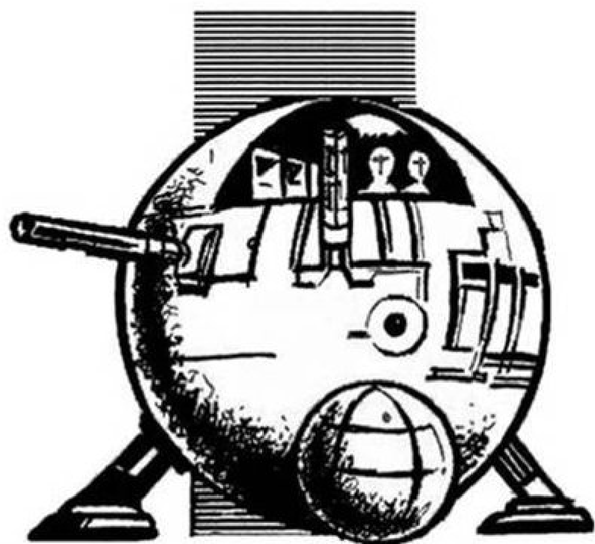
JOSEPH BERNA



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

36. - La nave del espacio - Curtís Garland.
37. - El coleccionista de seres - Joseph Berna.
38. - La transmutación del traidor - Ralph Barby.
39. - Extranjeros en la Tierra - Eric Sorenssen.
40. - Vagabundo del tiempo - Rocco Sarto.

Joseph Berna

PLANETA HAMBRIENTO

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 41
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: 33.907 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: enero, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPITULO PRIMERO

San Francisco, año 2031.

Estaba anocheciendo.

Dan Sommer se sirvió otra copa, con gesto aburrido.

Se encontraba en su apartamento, en el moderno y espacioso living.

La pantalla mural de televisión en color se hallaba encendida, pero Dan Sommer apenas prestaba atención al ameno programa de variedades, porque su pensamiento se hallaba en otro sitio, muy lejos de allí.

Lejos de su apartamento.

Lejos de San Francisco.

Lejos de la Tierra.

Más allá, incluso, del Sistema Solar.

Mucho más allá.

Dan Sommer había llegado muy lejos con la *Zetrom* 2000, una de las más veloces y poderosas astronaves terrestres, comandada por Guido Magath, el hombre al que él…

Mejor olvidarlo.

Lo malo es que no era tan fácil de olvidar, porque a causa de aquel incidente, Dan Sommer se encontraba ahora en la Tierra, encerrado en su apartamento de San Francisco, aburriéndose como una ostra, mientras la *Zetrom* 2000 recorría el espacio sideral y su tripulación vivía fantásticas aventuras, descubriendo nuevos mundos, seres extraños…

Con la copa en las manos, Dan Sommer se apartó del bar y volvió a sentarse en el cómodo sofá, fijando por un instante su mirada en la pantalla de televisión.

La pareja de contorsionistas que estaba actuando en aquel

momento, formada por dos mujeres jóvenes y espléndidamente formadas, era un número de calidad.

Las dos hembras parecían tener el cuerpo de goma, y no precisamente de mascar. Se doblaban como querían, y como su vestimenta se limitaba a un par de adornos metálicos en los pechos, que a duras penas cubrían las aureolas de los pezones, y un minúsculo pantaloncito brillante que sólo tapaba su triángulo íntimo, el número resultaba tremendamente excitante.

Dan Sommer entrecerró los ojos, para observar mejor a la pareja de esculturales contorsionistas. Las dos estaban tremendas, pero a él le gustaba un poco más la morena que la rubia, aunque tampoco le hubiera hecho ascos a esta última, caso de que ella se brindase a hacerle pasar un buen rato.

¿Cuánto tiempo hacía que no se divertía con una mujer?

Mucho.

Tanto, que ya ni se acordaba.

Y eso no era bueno, porque Dan Sommer sólo tenía veintiocho años.

Era, además, un tipo alto y fuerte, rebosante de vitalidad y energía.

En esas condiciones, la compañía de una mujer joven y hermosa resultaba de lo más saludable, dos o tres veces por semana.

Dan lo sabía, pero no hacía nada por conseguir la compañía de mujer alguna, desde su regreso a la Tierra.

Y el caso es que tendría que hacer bien poco...

Bastaría con efectuar una llamada con su videófono.

Dan Sommer era un tipo bien parecido, de pelo rubio y ojos azules, y no tenía dificultad para ligar con una mujer. De hecho, conocía casi una docena de chicas en San Francisco con las que se había acostado una o varias veces. Cualquiera de ellas acudiría rápidamente a su apartamento, si la llamaba.

Dan miró el videófono.

Sentía el deseo de llamar a una de sus amigas, porque la pareja de contorsionistas, cuyos desnudos y exuberantes cuerpos seguían doblándose eróticamente en la pantalla mural de televisión, había despertado su apetito sexual.

Mientras dudaba entre llamar o no, sonó el timbre de la puerta.

Dan Sommer respingó ligeramente en el largo sofá, porque no

esperaba a nadie. Extrañado, se puso en pie, dejó la copa sobre la mesa del living, y acudió a abrir, tal como iba, o sea, descalzo y con el torso desnudo, pues se cubría solamente con el pantalón del pijama.

Era como más cómodo se sentía, y como no tenía anunciada visita alguna...

Dan alcanzó la puerta y abrió.

—¡Ada...! —exclamó quedamente.

Ada Fletcher, veinticuatro años de edad, cabello rojizo, ojos verdes y labios muy rojos, sonrió como solamente ella sabía hacerlo.

—¿Cómo estás, Dan?

—En este momento, sorprendido.

—¿Gratamente...?

—Por supuesto.

—Me alegro, porque eso significa que estás solo en tu apartamento.

—Más solo que la una.

—Pues ya tienes compañía.

—Pasa, Ada —sonrió Dan, apartándose del hueco de la puerta.

La atractiva pelirroja, que poseía un cuerpo formidable, penetró en el apartamento, moviendo sensualmente sus redondas caderas. Vestía un ajustadísimo pantalón color naranja, muy brillante, y una amplia blusa azul celeste, que se cerraba por detrás.

Se cerraba... y se abría, naturalmente.

Y en esto último estaba ya pensando Dan Sommer, en abrir la blusa de Ada Fletcher, para despojarla de ella y contemplar sus túrgidos pechos, muy desarrollados.

Sabía que Ada no se opondría, sino más bien todo lo contrario, porque a ella le encantaba que él la desnudara, entre besos y caricias, porque eso significaba que iban a hacer el amor, y Ada disfrutaba como una loca cuando Dan la poseía vigorosamente.

La pelirroja se dirigió al living.

Dan cerró la puerta y se encaminó también hacia allí.

Ada posó su mirada en la pantalla de televisión.

—Vaya cuerpos... —comentó, refiriéndose a la pareja de contorsionistas, que estaban a punto de finalizar su número.

—A mí me gusta más el tuyo —dijo Dan, rodeándola por detrás

y depositando un cálido beso en su cuello.

La pelirroja emitió un gemidito de placer.

—Si eso es cierto, apaga la televisión —pidió.

—En seguida.

Dan la soltó y desconectó la televisión.

Ada se sentó en el sofá y montó una pierna sobre la otra.

—¿Me sirves una copa, Dan?

—Al instante.

Dan Sómmer se acercó rápidamente al bar.

Mientras preparaba la bebida, Ada Fletcher preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas en la Tierra, Dan?

—Un mes, aproximadamente.

—¿Tanto...? —se sorprendió Ada.

—Sí.

—¿Estás de permiso...?

Dan Sommer sonrió tristemente.

—De permiso forzado.

—¿Qué quieres decir?

—Me han retirado del servicio, Ada.

La pelirroja respingó.

—¿Retirado del servicio...?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Le pegué al comandante Magath.

Ada Fletcher se llevó la mano a los labios.

—¡Oh, no...! —exclamó ahogadamente.

Dan Sommer regresó junto a la pelirroja, con su bebida.

—Tu copa, Ada.

Ella cogió la bebida y pidió:

—Cuéntame lo que pasó, Dan.

Dan Sommer se sentó en el sofá.

—Fue a causa de la doctora Kolmsee, una mujer joven y bella, encantadora de verdad. Era su primer viaje espacial con la *Zetrom* 2000. A mí me gustó desde el primer momento, y no tardé en hacérselo saber. Yo tampoco le caía mal a ella, y consintió que la besara y la abrazara. Cuando le propuse ir a su camarote o al mío, aceptó. Hicimos el amor. Ese día y algunos otros. Hasta que el comandante Magath nos sorprendió. Yo pensé que casualmente,

pero luego, al reflexionar sobre lo sucedido, comprendí que nos había sorprendido deliberadamente. A él también le gustaba la doctora Kolmsee, pero ella no deseaba intimar con Magath, y se lo había hecho ver claramente. Por eso Magath decidió sorprendernos cuando nos estuviésemos amando. Le irritaba que la doctora Kolmsee le rechazase a él y se acostase conmigo. Insultó gravemente a la doctora. Yo no pude reprimirme y le di un puñetazo. El me lo devolvió. Peleamos furiosamente en el camarote. Yo pude más, y le dejé inconsciente. Cuando despertó, me comunicó que informaría a la Tierra de mi comportamiento.

Y lo hizo.

—¿Y...?

—Pegar a un superior es un delito grave. Magath es el comandante de la *Zetrom* 2000, y yo sólo era el segundo de a bordo. No importa que yo tuviera motivos para golpearle. Me retiraron inmediatamente del servicio activo.

—¿Por cuánto tiempo, Dan?

—No lo sé, no me lo dijeron. Pero yo sospecho que voy a tardar mucho en subir de nuevo a una astronave. Tal vez no vuelva a subir nunca...

—Oh, no digas eso, Dan —suplicó Ada, acariciándole dulcemente el rostro.

—Lamento ser tan pesimista, Ada, pero es que no quiero hacerme ilusiones. Sé que mi situación es difícil, muy difícil. Le di una paliza al comandante Magath.

Y Guido Magath es un hombre muy importante e influyente. Si él no intercede por mí, no volveré al servicio activo. Y Magath no intercederá, lo sé. Es el responsable directo de la situación en que me encuentro. Jamás me perdonará.

—No desesperes, Dan.

—Lo estoy pasando mal, Ada. Francamente mal. Ha sido un mes terrible. De día me aburro y por las noches no puedo dormir. No sé cuánto tiempo podré soportarlo. Si no logro sobreponerme, acabaré volviéndome loco.

—Pobre Dan... ¿Por qué no me llamaste, a tu regreso a la Tierra? Hubiera venido corriendo.

—Quería estar solo.

—La soledad no es buena, y menos en tu caso. Mi compañía te

hubiera hecho mucho bien. Habría alegrado tus días y tus noches. Especialmente, tus noches...

Dan Sommer miró a los ojos a Ada Fletcher.

Fijamente.

Largamente.

Intensamente.

Después, reconoció:

—Tienes razón, Ada. He sido un estúpido. Con una mujer como tú cerca de mí...

—¿Cómo de cerca? —preguntó la pelirroja, con maliciosa sonrisa.

—Muy cerca. Pegada a mí.

—¿Con ropa o sin ella?

—Sin ella.

—Empieza a desnudarme, pues —sugirió Ada.

Dan Sommer rodeó el cuerpo de Ada Fletcher y buscó el cierre de su blusa, mientras la besaba apasionadamente en los labios.

Ella le devolvió el beso con idéntico ardor, al tiempo que le acariciaba la musculosa espalda, los robustos hombros y el pecho.

Dan no tardó en despojarla de la blusa, dejando al aire sus poderosos senos, que sus manos buscaron inmediatamente.

Ada gimió dulcemente cuando los fuertes dedos de Dan oprimieron sus pechos y masajearon sus rojos pezones, que se auparon, gozosos.

Se dejó caer lentamente hacia atrás, hasta que su desnuda espalda descansó sobre el sofá, y como había arrastrado consigo a Dan, éste quedó sobre ella, besándola y acariciándola ávidamente.

Precisamente entonces, cuando más a tono se estaban poniendo los dos, llamaron a la puerta.

—Oh, no, en este momento no... —rezongó la pelirroja, contrariada.

—¿Quién diablos podrá ser? —masculló Dan, no menos contrariado.

—No abras y sigue con la duda.

—No puedo hacer eso, Ada.

—Tendré que ponerme la blusa, pues.

—Sí, hazlo. Pero verás qué pronto vuelvo a quitártela. Tus pechos me vuelven loco —aseguró Dan, y se los mordisqueó los dos.

Ada rió.

—Manda a paseo a quien sea, Dan, y vuelve en seguida conmigo. Mis pechos y yo te estaremos esperando con viva ansiedad. Y otra cosa, también. Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, creo que sí —sonrió Sommer, poniéndole la mano allí un instante.

Después se levantó del sofá y acudió a abrir.

Antes de tirar de la puerta, giró la cabeza y comprobó que Ada ya se había colocado la blusa.

Ella le lanzó un beso al aire.

Dan se lo devolvió y abrió la puerta.

Se quedó de piedra, porque la persona que aguardaba era ni más ni menos que el comandante Magath.

CAPITULO II

Guido Magath era aún más alto que Dan Sommer, e igualmente fuerte y musculoso. Contaba treinta y cinco años de edad, tenía el pelo negro y rizado, y las facciones duras y enérgicas. Vestía un traje marrón, de una sola pieza, ceñido y brillante, y calzaba altas botas plateadas.

Si sorprendente resultó para Dan Sommer encontrarse al comandante Magath en el corredor, más sorprendente aún fue ver que sus labios se distendían en una sonrisa.

—¿Qué tal estás, Dan?

Sommer no respondió.

Seguía demasiado perplejo, y ello le impedía reaccionar.

—Te sorprende mi visita, ¿verdad? —añadió Magath—. Es natural, después de lo que pasó. Si me invitas a entrar, te explicaré por qué estoy aquí, Dan.

Dan Sommer se apartó lentamente de la puerta.

—Gracias —dijo Guido Magath, y penetró en el apartamento.

Al mirar hacia el living, descubrió a la pelirroja Ada, sentada en el sofá.

—Oh, no estás solo… —carraspeó.

—No, no estoy solo —habló por fin Dan, y lo hizo muy secamente.

—¿Quién es, una amiga tuya?

—Sí.

—¿Como se llama?

—Ada.

—Es muy atractiva.

—Tengo buen gusto para las mujeres.

—Lo sé, Dan, lo sé.

—¿Qué es lo que quiere, comandante?

—Te expondré la razón de mi visita mientras tomamos una copa. ¿Te parece bien?

Dan miró hacia el living.

—¿En presencia de Ada?

—Desde luego que no —respondió Magath, sin dudar.

Dan volvió a encararse con el comandante de la Zetrom 2000.

—No pretenderá que la eche de mi apartamento, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Dan —rió Magath—. Bastará con que le digas que se meta en tu dormitorio y te espere allí. Cuando yo me haya ido, te reúnes con ella y le haces el amor. Seguro que ha venido a eso.

—A usted no le importa.

Guido Magath volvió a reír.

—No te enfades, Dan. No quiero discutir contigo, sino charlar amistosamente.

—Usted y yo no somos amigos, comandante.

—Pero lo fuimos, Dan. Y podemos serlo de nuevo.

—Lo dudo.

—Yo haré cuanto esté de mi parte, te lo aseguro.

—Pasemos al living.

—Con mucho gusto.

Caminaron los dos hacia allí.

Dan Sommer, serio; Guido Magath, sonriente.

Ada Fletcher, que no había podido escuchar lo que hablaban los dos hombres, pese a poner tensas las orejas, no pudo reprimir una mueca de contrariedad al ver que Dan, en vez de deshacerse rápidamente de la visita, la invitaba a pasar a su apartamento y la llevaba al living.

—Pues sí que estamos bien —rezongó, por lo bajo.

Dan Sommer y Guido Magath alcanzaron el living.

El primero rogó:

—¿Te importaría esperarme en mi dormitorio, Ada?

—¿Por qué?

—Tengo que tratar cierto asunto.

—Ya.

—Me reuniré contigo lo antes que pueda, te lo prometo.

—Está bien, lo que tú ordenes —gruñó Ada, poniéndose en pie

de mala gana.

—¿Es que no vas a presentarme a tu amiga, Dan...? —se dejó oír Guido Magath.

Sommer no tuvo más remedio que hacerlo.

—Ada Fletcher... El comandante Magath...

La pelirroja dio un respingo.

—¿Has dicho el comandante Magath, Dan...?

—Sí —gruñó Sommer.

Magath tendió su diestra a Ada Fletcher.

—Es un placer conocerla, Ada. Usted, por lo que veo, ya me conocía a mí. De oídas, al menos.

—Así es, comandante —asintió la pelirroja, estrechando nerviosamente la mano de Magath.

—Dan le habló de mí, ¿verdad? .

—Sí.

—No muy bien, supongo.

—Pues...

Dan Sommer intervino:

—Ve a mi dormitorio, Ada. El comandante Magath y yo tenemos que hablar.

—Sí, Dan. Con su permiso, comandante Magath.

—Vaya, Ada —sonrió Guido, soltando la mano de la joven, que había estado oprimiendo de una manera muy particular.

Ada Fletcher se dirigió rápidamente al dormitorio de Dan Sommer.

Al descubrir que el cierre de la blusa de la pelirroja estaba bajado, Guido Magath rió quedamente y dijo:

—Parece que interrumpí algo interesante, ¿no, Dan?

—¿Qué le hace suponer eso?

—Ada se puso la blusa con tanta precipitación, que olvidó subir el cierre. O lo olvidó... o es que pensaba quitársela de nuevo muy pronto —adivinó Magath.

La seriedad de Dan Sommer se acentuó.

—Vayamos al grano, comandante. No quiero hacer esperar a Ada.

—Lo comprendo perfectamente. Yo, en tu lugar, tampoco la haría esperar demasiado. Es un monumento de chica.

Dan apretó los dientes.

—Comandante…

—Calma, Dan, vamos a ir al grano en seguida. En cuanto me sirvas la copa que me prometiste.

—Yo no le prometí nada.

—Por favor, Dan… Tengo la garganta un poco seca, y no me gusta conversar así. Es malo para las cuerdas vocales.

—Está bien, le serviré un trago —gruñó Sommer.

—Te lo agradezco mucho, Dan —dijo Guido Magath, y se dejó caer en ún sillón.

Dan Sommer ya se hallaba junto al bar.

Como parecía vacilar a la hora de escoger la botella de licor, Guido Magath dijo:

—Menos veneno, puedes servirme lo que quieras.

Dan volvió la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—Eso precisamente estaba buscando, pero por desgracia, se me ha acabado.

El comandante de la *Zetrom* 2000 lanzó una carcajada.

—¿Tanto me odias, Dan?

—¿Usted qué cree?

—Que tienes motivo para ello. Anda, sírveme ese trago de una maldita vez.

Dan atrapó una de las botellas, escanció licor en una copa, y se la llevó a Guido Magath.

—Muchas gracias, Dan.

—Desembuche ya, comandante —apremió Sommer.

—¿No te sientas?

—Estoy bien de pie.

—Como prefieras —sonrió Magath, y tomó un sorbo de licor.

—Comandante…

—Ya voy, ya voy. Sólo estaba probando la bebida. Por cierto, está superior. ¿Qué es, Dan?

—Extracto de tripas de comandante.

Guido Magath rió con ganas.

—¡Muy bueno eso, Dan!

Sommer apretó los puños con rabia, porque ya no podía aguantar más.

—O me dice de una condenada vez lo que quiere de mí, comandante Magath, o le echo de…

—Que vuelvas a la *Zetrom* 2000, eso es lo que quiero —reveló Guido Magath.

CAPITULO III

Dan Sommer no tuvo más remedio que sentarse en el otro sillón.

¡Volver a la *Zetrom* 20001

¡El comandante Magath quería que volviese a la *Zetrom* 20001

¡Al espacio sideral!

¡A vivir nuevas y emocionantes aventuras a lo largo y ancho del Cosmos!

¡Era como para volverse loco de alegría!

Sin embargo...

Dan Sommer entornó los ojos.

—¿Habla usted en serio, comandante?

Guido Magath asintió con la cabeza.

—Muy en serio, Dan.

—Me cuesta creer que, después de lo que pasó, usted desee que yo...

—Te necesito, Dan. Me han encargado una misión sumamente peligrosa, y no me atrevo a llevarla a cabo sin ti.

—¿Qué clase de misión?

—Dos astronaves terrestres han desaparecido misteriosamente en un planeta llamado Oltano, perteneciente al Sistema Orión. Cuando desapareció la primera, una segunda astronave partió en su busca. De esta última tampoco se sabe nada, a pesar del tiempo transcurrido, más que suficiente para ir y volver de ese lejano planeta. Ahora le toca el turno a la *Zetrom* 2000. Me han ordenado ir a Oltano y averiguar qué pasó con las otras dos astronaves. Yo acepté la misión, pero puse como condición que tú volvieras al servicio activo y recuperarás tu puesto de segundo de a bordo en la *Zetrom* 2000.

—Les chocaría, ¿no? —sonrió irónicamente Dan.

—Sí, claro —respondió Magath—. Fuiste retirado del servicio activo por mi culpa, y encontraron extraño que ahora solicitase tu vuelta al servicio, recuperando tu cargo en mi astronave.

—¿Y qué explicación les dio, comandante?

—La misma que a ti, Dan: que te necesito.

—¿Ha olvidado que le pegué?

—Me lo merecía.

Dan Sommer entrecerró un ojo.

—¿Lo reconoce, comandante?

—Sí, Dan. Podemos hablar de ello, si quieres.

—Naturalmente que quiero.

—Me enamoré de la doctora Kolmsee, ¿sabes?

—No, no lo sabía. Sospechaba que le gustaba, pero no creí que se hubiese enamorado de ella.

—Pues me enamoré, Dan. Como un idiota. Intenté conquistarla por todos los medios, pero fracasé, porque a la doctora Kolmsee le gustabas tú, no yo. No supe aceptar mi derrota y... Bueno, lo que sucedió, tú ya lo sabes. Me personé en el camarote de Elfi Kolmsee, sabiendo que iba a sorprenderla en tus brazos, y la insulté, dominado por los celos y la furia de mi fracaso. Me gané a pulso la paliza que me diste, Dan. Claro que yo entonces no supe verlo, porque continuaba cegado por la ira y los celos. Por eso informé a la Tierra de lo sucedido, aunque lo conté a mi manera, ocultando lo que no me interesaba que se supiese. Quería que te retirasen del servicio. Y lo conseguí.

—Sí, lo consiguió —rezongó Sommer.

—Fui un estúpido, Dan. Pensé que, no hallándote tú a bordo, podría conseguir a la doctora Kolmsee.

—¿Y...?

—Me equivoqué. Ella sigue pensando en ti, Dan. Te echa mucho de menos. A mí no me puede ver ni en pintura. No me perdona los insultos que le lancé, pero menos aún que informara a la Tierra de tu agresión, para que te retirasen del servicio activo.

Dan Sommer sonrió ligeramente.

—La doctora Kolmsee tiene mucho carácter, comandante.

—Sí, lo sé.

—¿Sigue usted enamorado de ella?

—No, ya se me pasó. En cuanto me convencí de que jamás

podría corresponderme, dejé de pensar en ella como mujer y ahora sólo veo en ella a la eficiente doctora que es, capaz de diagnosticar y atajar cualquier enfermedad en sólo unos minutos. Me siento orgulloso de tenerla a bordo, puedes creerme. Lamento que me odie, claro, pero comprendo que tiene motivos para ello. Como los tienes tú, Dan.

Sobrevino un silencio.

Guido Magath hizo girar la copa de licor, como jugueteando con ella.

—¿Tampoco tú quieres perdonarme, Dan?

—Yo no soy rencoroso, comandante. Me perjudicó usted, pero puesto que ahora desea reparar su falta, no tengo inconveniente en olvidar lo que pasó.

—¿Volverás, entonces, a la *Zetrom* 2000?

—Es lo que más deseo de este mundo —confesó Sommer.

Magath se puso en pie, visiblemente emocionado, y alargó su diestra hacia Sommer.

—Gracias, Dan.

Sommer se levantó también y estrechó la mano de Magath.

—No hay de qué, comandante.

—Somos nuevamente amigos, ¿verdad?

—Sí, es mejor eso que lo otro.

Magath alzó su copa.

—Brindemos, Dan.

—¿Por qué comandante? —preguntó Sommer, cogiendo su copa.

—Porque nuestra renacida amistad no se rompa nunca. Y por el éxito de la misión que nos ha sido encomendada.

—De acuerdo —sonrió Dan.

Hicieron entrechocar sus copas y se las llevaron a los labios, ingiriendo sendos tragos de licor. Después, Guido Magath dejó la suya sobre la mesa y dijo:

—Me marcho, Dan. No quiero hacerte perder más tiempo. Continúa con la hermosa Ada. Y despídeme de ella, por favor.

—Lo haré, comandante.

—No es necesario que me acompañes; sé dónde está la puerta.

—Como quiera.

—Adiós, Dan.

—¿No olvida algo, comandante?

—¿El qué?

—Decirme cuándo partimos hacia Oltano.

Magath se dio una palmada en la frente.

—¡Dios, qué cabeza la mía!

Sommer rió.

—¿Cuándo es la partida, comandante?

—Mañana temprano. Todo está a punto. En cuanto tú llegues, despegaremos y pondremos rumbo al Sistema Orión.

—Procuraré no retrasarme, comandante.

—Me temo que eso depende más de tu amiga Ada que de ti, Dan. Como se muestre excesivamente ganosa esta noche...

Sommer volvió a reír.

—No quemaré más energías de las debidas, se lo prometo.

—Bien —rió a su vez Magath y caminó hacia la puerta.

Tan pronto como el comandante de la *Zetrom* 2000 salió del apartamento, Ada Fletcher abandonó el dormitorio de Dan Sommer y corrió hacia éste, muy contenta.

—¡Dan!

—¡Ada! —Sommer se volvió y abrió los brazos, para recibir en ellos a la pelirroja.

—¡Lo he oído todo, Dan!

—¿Y no es maravilloso?

—¡Sí, Dan, sí!

Se abrazaron estrechamente y se dieron una lluvia de besos.

—¡Vuelvo al servicio activo! ¡He recuperado mi puesto en la *Zetrom* 2000! ¡Regreso mañana mismo al espacio sideral!

De pronto, el rostro de Ada Fletcher denotó preocupación.

—Dan...

—¿Qué te ocurre, Ada?

—El comandante Magath dijo que la misión que vais a llevar a cabo es sumamente peligrosa.

—Bueno, en realidad, todas lo son. Pero, hasta hoy, la *Zetrom* 2000 las ha cumplido todas con éxito. Es una astronave muy poderosa. Y dispone de la mejor de las tripulaciones.

—Dos astronaves han desaparecido misteriosamente en ese lejano planeta llamado Oltano.

—La *Zetrom* 2000 no desaparecerá; puedes estar tranquila. Averiguaremos lo que les sucedió a esas dos astronaves y

regresaremos a la Tierra.

—Rezaré por ello, Dan.

—Reza a partir de mañana, ¿vale? Esta noche vas a estar muy ocupada.

—¿Contigo?

—Claro.

—Qué ocupación tan maravillosa.

Dan besó los rojos labios de Ada, que ella le ofrecía ya, entreabiertos, húmedos, tentadores.

Las manos del segundo de a bordo de la *Zetrom* 2000 entraron en acción y la blusa de Ada Fletcher no tardó en volar por los aires, quedando la pelirroja con el torso desnudo.

Dan dedicó unos minutos de caricias a los exuberantes senos de Ada y luego la cogió en brazos.

Ella se cogió de su cuello y preguntó:

—¿Adónde me llevas, Dan?

—Al dormitorio.

—Estás muy ganoso, ¿verdad?

—Imagínate, con el tiempo que llevo sin…

—Yo llevo menos, pero también me siento ganosa.

—Estupendo. Van a saltar chispas de la cama.

—Le prometiste al comandante Magath que no quemarías más energías de las debidas… —recordó Ada, maliciosa.

—Para que no se preocupara, pero la verdad es que pienso quemarlas todas —aseguró Dan, y empezó a besar y a morder los pechos de la pelirroja, haciéndola reír como una niña.

CAPITULO IV

Pese a lo movidita que fue la noche —de la cama no llegaron a saltar chispas, pero casi—, Dan Sommer se presentó temprano en la *Zetrom* 2000.

Con cara de sueño y claros síntomas de fatiga, pero se presentó.

Los miembros de la tripulación que fue hallando a su paso, mientras se dirigía al puente de mando, le recibieron con gran alegría, y Dan Sommer se cansó de repartir saludos, de estrechar manos y de dar abrazos.

También tuvo que dar bastantes besos, porque las mujeres de la tripulación, todas ellas jóvenes y atractivas, no se conformaron con el simple saludo, el estrechón de manos y el abrazo.

. Y era lógico que no se conformaran, porque la mayoría de los miembros femeninos de la tripulación se habían encontrado, en una o más ocasiones, en los brazos del apuesto y atlético Dan Sommer, sin ninguna ropa.

Sí.

Dan había hecho el amor con casi todas las mujeres que prestaban servicio en la *Zetrom* 2000, y eso ellas no podían olvidarlo.

Por fin, el segundo de a bordo pudo alcanzar el puente de mando.

—Bien venido a bordo, Dan.

—Gracias, comandante.

—No te has retrasado.

—No.

—Lo celebro. Así podremos partir en seguida. Como te dije anoche, todo está dispuesto para la marcha. Sólo faltabas tú, y ya te tenemos con nosotros.

—¿Puedo saludar a los compañeros, comandante?

—Por supuesto —autorizó Magath.

Dan saludó a los seis miembros de la tripulación que se hallaban en el puente de mando, sentados cada cual en su sillón, esperando que el comandante Magath diera la orden de despegar.

Se trataba de tres hombres y tres mujeres, quienes no se reprimieron en poner de manifiesto el afecto que le tenían al segundo de a bordo.

Después, Dan Sommer ocupó también su puesto.

—Estoy listo, comandante.

—Muy bien —sonrió Magath, y dio la orden de despegar.

* * *

La *Zetrom* 2000 surcaba ya el espacio infinito, propulsada por sus poderosos reactores atómicos en un constante proceso de aceleración.

Guido Magath ladeó la cabeza, descubriendo que Dan Sommer tenía los ojos fijos en él.

El segundo de abordo desvió rápidamente su mi rada.

Parecía nervioso.

Y realmente lo estaba.

El comandante Magath, adivinando la razón del nerviosismo de Dan Sommer, sonrió y lo llamó.

—Dan...

—¿Sí, comandante?

—¿Has visto ya a la doctora Kolmsee?

—No, todavía no —carraspeó Dan.

—¿Y a qué esperas para ir a saludarla?

—Bueno, yo...

—Anda, ve a verla en seguida. Estando yo en el puente, no es necesaria tu presencia.

Dan Sommer sonrió.

—Gracias, comandante —dijo, y se levantó de su sillón, abandonando rápidamente el puente de mando.

Fue directamente a la enfermería, seguro de encontrar a Elfi Kolmsee allí.

Y no se equivocó.

La doctora Kolmsee, veinticinco años de edad, preciosa cabellera cobriza, ojos pardos, grandes y expresivos, pómulos altos, nariz

ligeramente respingona, y labios carnosos, del color del melocotón, tan dulces y tan sabrosos como esta misma fruta, cuando está madura, se encontraba sentada al otro lado de su mesa de trabajo, aunque en aquel momento no hacía nada.

Tenía los codos apoyados en la mesa, los dedos entrelazados, y la mirada perdida, fija en ningún sitio, en la nada.

Tan ensimismada se hallaba en sus pensamientos, que ni siquiera vio ni oyó a Dan Sommer entrar en la enfermería.

El segundo de a bordo se quedó junto a la puerta y desde allí contempló a la joven y hermosa doctora.

—Elfi… —pronunció suavemente su nombre.

La doctora Kolmsee respingó y miró hacia la puerta.

—¡Dan! —exclamó, presa de una gran emoción, que hizo que sus preciosos ojos se humedecieran ligeramente.

Sommer caminó hacia ella.

Vestía un traje azul brillante, de una sola pieza, y calzaba botas doradas. De su cinto, ancho e igualmente dorado, pendían una pistola de rayos láser, un pequeño telecomunicador, y un mando de control remoto.

Elfi Kolmsee, que llevaba su bata de doctora sobre un traje amarillo, se puso en pie y salió de detrás de su mesa.

Un instante después, Dan Sommer y ella se hallaban fundidos en un apretado abrazo, mientras sus bocas se besaban una y otra vez.

—Elfi, cariño…

—Dan, amor mío…

—Volvemos a estar juntos.

—No sabes cómo te he echado de menos, Dan.

—Y yo a ti, Elfi.

—¿De veras has pensado en mí?

—Cada día, cada hora, cada minuto.

—Oh, Dan, vida mía…

Siguieron besándose, sin deshacer el estrecho abrazo.

Las lágrimas habían escapado de los ojos de la doctora Kolmsee, bañando sus mejillas, pero Dan Sommer se encargó de secárselas a besos.

—No quiero que llores, Elfi.

—Lloro de alegría.

—Lo sé, pero prefiero verte sonreír. Vamos, sonríe para mí.

Elfi Kolmsee lo hizo.

—Sigues teniendo una sonrisa maravillosa —dijo Dan, pasando las yemas de sus dedos por los labios femeninos—. ¿Continúa todo lo demás así?

—¿Cuándo quieres comprobarlo?

—Por mi gusto, lo comprobaría ahora mismo, pero comprendo que no es posible. No podemos hacer el amor en la enfermería.

—No, no podemos. Pero sí podemos hacerlo en mi camarote. O en el tuyo.

—Tendremos que esperar a la noche.

—¿Por qué? ¿Tienes que regresar al puente?

—No, nada tengo que hacer allí. Lo decía por ti, Elfi. No puedes abandonar la enfermería.

—¿Quién ha dicho que no?

—¿De veras puedes...?

—No tengo ningún enfermo que atender. La tripulación de la *Zetrom* 2000 está la mar de sana.

—¿A qué estamos esperando, pues? —repuso Dan, sin acordarse de la nochecita tan agitada que había pasado con la pelirroja Ada, de lo poco que había dormido, y de las muchas energías que había quemado.

CAPITULO V

Un par de semanas después, la *Zetrom* 2000 alcanzaba el Sistema Orión, formado por siete planetas que giraban en torno a una estrella ligeramente menor que el Sol.

Oltano era el mayor de los planetas del Sistema Orión, pero no el más próximo a la estrella que les proporcionaba luz y calor. Había otros dos planetas más cercanos que él, uno de ellos tan próximo a la estrella, que la temperatura en su superficie debía sobrepasar los 400 ° C.

No podía existir ningún tipo de vida allí, la superficie del planeta debía hallarse totalmente calcinada.

Tampoco parecía probable que existiese alguna clase de vida en el planeta que le seguía, ya que la temperatura en su superficie debía aproximarse a los 150° C.

En Oltano, sí.

Se hallaba a una distancia ideal de la estrella que iluminaba el Sistema Orión, muy parecida a la distancia existente entre la Tierra y el Sol, por lo que la temperatura en su superficie sería muy similar a la de la Tierra.

Vida vegetal, desde luego, existía.

El tono verdoso del planeta no dejaba lugar a dudas.

La vegetación debía de ser abundante en Oltano.

Y, habiendo vida vegetal, era lógico pensar que hubiese también vida animal.

Lo que ya resultaba más difícil de adivinar, era si Oltano se hallaba habitado.

El planeta, desde luego, reunía las condiciones necesarias para poder vivir en él. De los siete planetas que formaban el Sistema Orión, era el único que reunía las condiciones indispensables, pues

los otros cuatro que venían después se hallaban demasiado alejados de la estrella, y el calor que recibían de ella era tan débil que la temperatura en su superficie superaba los —100 °C en el primero de ellos. En los otros tres, lógicamente, la temperatura aún era más baja.

Se trataba, pues, de cuatro planetas gélidos, en los que el hielo lo cubría todo. De ahí que no fuese posible la vida en ellos.

La *Zetrom* 2000 seguía aproximándose a Oltano, al tiempo que su fantástica velocidad se iba aminorando, pues ya había sido activado el proceso de deceleración.

En las dos semanas justas que había durado el viaje, Dan Sommer no tuvo el menor problema con el comandante Magath, quien se mostró en todo momento atento y cordial con él, como si nada hubiese sucedido entre ellos.

Dan Sommer y Elfi Kolmsee habían hecho numerosas veces el amor, tanto en el camarote de él como en el de ella, y tampoco eso les ocasionó ningún problema.

A Guido Magath, por lo visto, no le importaba que el segundo de a bordo y la doctora hubiesen reanudado sus relaciones íntimas. Es más, parecía alegrarse de ello.

Esa impresión, al menos, sacó Dan Sommer, por la forma en que le hablaba el comandante Magath. Por esa razón, una de las veces que Dan se encontraba acostado junto a la doctora Kolmsee, desnudos los dos y cubiertos con la sábana sólo hasta la cintura, preguntó:

—¿Cuándo vas a perdonar al comandante, Elfi?

Ella se puso seria al instante.

—Nunca —respondió.

—Yo ya le he perdonado.

—Yo no le perdonaré jamás, Dan.

—Está arrepentido de lo que hizo, Elfi.

—¿Estás seguro?

—Me devolvió al servicio activo, ¿no? Gracias a él recuperé mi puesto de segundo de a bordo en la *Zetrom* 2000.

—Porque te necesitaba para llevar a cabo la peligrosa misión que le encomendaron, no te engañes.

—Yo creo que su arrepentimiento es sincero, Elfi.

—Lo siento, pero yo opino de forma distinta.

—¿Te ha molestado, acaso?

—No.

—¿Lo ves? Eso demuestra que el comandante se ha olvidado de ti, ya no desea acostarse contigo.

La doctora Kolmsee no replicó.

Dan le acarició los senos, erectos y duros, suaves, tersos, cálidos.

—Elfi...

—¿Qué?

—No seas rencorosa y perdona al comandante Magath.

—No.

—Te lo suplico.

—No insistas, Dan, te lo ruego. Sabes que haría cualquier cosa por ti, pero no me pidas que perdone a esa rata de Magath, porque no puedo complacerte*.

Dan Sommer hizo caso y no volvió a pedírselo, ni en aquella ocasión ni en ninguna otra. Sabia que sería inútil insistir, después de haber oído como Elfi Kolmsee llamaba rata a Guido Magath.

Mucho debía de odiarle, para llamarle eso...

* * *

La *Zetrom* 2000 sobrevolaba ya la superficie de Oltano, a escasa velocidad.

A través de la pantalla telescópica, el comandante Magath, Dan Sommer, y los seis miembros de la tripulación que prestaban servicio en el puente de mando podían contemplar con todo detalle las características del planeta.

Oltano parecía una interminable selva, pues la espesa vegetación lo cubría prácticamente todo. Los árboles eran gigantescos y de frondoso ramaje, siendo imposible descubrir desde el aire si bajo ellos se movían anima les y bestias salvajes, aunque todo parecía indicar que era así.

La *Zetrom* 2000 siguió sobrevolando la superficie de planeta, aquella especie de inacabable manto verde que lo envolvía todo.

Casi una hora después, en un claro de la gigantesca selva, descubrían una astronave, posada en él.

Era una de las dos astronaves terrestres que no habían regresado de Oltano: la *Sytrum* 2001.

Su fuselaje permanecía intacto.

No parecía haber sufrido, pues, ningún percance.

La *Sytrum* 2001 se encontraba allí, en el claro de la selva, porque allí había querido posarse.

Era la segunda astronave terrestre desaparecida en Oltano, la que partiera de la Tierra en busca de la primera astronave, la *Bacrom* 2002.

El comandante Magath ordenó al encargado de las transmisiones que estableciera comunicación con la *Sytrum* 2001.

El tripulante lo intentó repetidas veces, pero sólo obtuvo el silencio como respuesta.

—Es inútil, comandante —dijo Dan Sommer—. En la *Sytrum* 2001 no hay nadie. Nadie con vida, al menos...

Guido Magath se mesó el negro y rizado cabello.

—Tendremos que comprobarlo, Dan. Y para ello no hay más remedio que posar nuestra astronave en ese claro, junto a la *Sytrum* 2001.

—Un poco justo nos vendrá, pero creo que lo conseguiremos.

—Intentémoslo.

La *Zetrom* 2000 descendió en dirección al claro de la selva.

—Realiza tú la maniobra de aterrizaje, Dan —indicó Magath—. Eres el mejor para eso.

—Gracias, comandante —sonrió Sommer, y se hizo cargo de los mandos.

La *Sytrum* 2001 se hallaba posada en el centro del claro, y esto era lo que dificultaba el aterrizaje de la *Zetrom* 2000, pues quedaba un espacio muy justo entre la astronave terrestre y la espesa selva.

De haberse hallado la *Sytrum* 2001 posada en un lado del claro hubiera quedado espacio más que suficiente para el aterrizaje de la *Zetrom* 2000, pero así...

En un verdadero alarde de habilidad y experiencia, Dan Sommer hizo descender lentamente la *Zetrom* 2000 tocó las ramas de los primeros árboles y casi rozó el fuselaje de la *Sytrum* 2001.

—¡Bravo, Dan! —exclamó Magath, y se puso a aplaudir.

—Lo conseguimos, comandante —sonrió el segundo de a bordo, y paró los motores.

—Nunca lo puse en duda, realizando tú la maniobra. —¿Quiénes vamos a ir a la *Sytrum* 2001, comandante?

—Los ocho que estamos en el puente, más la doctora Kolmsee, por si hubiera que atender a alguno de los miembros de la

tripulación de la *Sytrum* 2001.

—Habrá que avisarla.

—Encárgate tú de ello, Dan.

—Bien, comandante.

Dan Sommer se levantó del sillón y abandonó el puente, enfilando seguidamente hacia la enfermería.

La doctora Kolmsee le recibió con una ancha sonrisa.

—Dan...

—Hola, cariño.

—En vez de decirme «hola», dame un beso.

Dan le dio tres.

Y un buen apretón en las nalgas, redondas y firmes.

Elfi Kolmsee se arqueó hacia adelante.

—Descarado.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿Qué he hecho yo?

—Arquear el cuerpo, con lo cual has logrado que tu sexo entre en contacto con el mío, a través de la ropa.

—No me digas.

—¿Es que no lo notas?

—Lo único que noto es que estoy pegada a ti, nada más. Y no estaría pegada a ti si no me hubieses apretado el trasero.

—Lo siento, pero atrae mis manos como un imán.

—No es lo único que atrae tus manos, lo sé por experiencia.

—¿Sigues sin notar el excitante contacto de...?

Las pupilas de la doctora Kolmsee chispearon maliciosamente.

—No, ya empiezo a notar algo.

—Si tuviéramos tiempo...

—¿No lo tenemos?

—No, cariño. Nos encontramos ya en Oltano, y hemos localizado una de las dos astronaves perdidas: la *Sytrum* 2001.

Elfi Kolmsee dio un respingo de alegría. —¿De veras, Dan...?

—Sí, nos hemos posado junto a ella. Intentamos establecer contacto con la *Sytrum* 2001, pero nadie responde a nuestras llamadas. Ocho de nosotros vamos a entrar en la *Sytrum* 2001, para averiguar qué ha sido de su tripulación. El comandante Magath quiere que vengas con nosotros, Elfi, por si alguien precisa de tus servicios.

—En un minuto preparo mi maletín.

—Date prisa.

La doctora Kolmsee se separó de Dan Sommer, cogió su maletín, lo abrió, y empezó a meter en él lo más indispensable. Cuando lo tuvo todo, cerró el maletín y se despojó rápidamente de la bata.

—Estoy lista, Dan.

—Coge tu pistola de rayos láser, Elfi.

—¿La pistola?

—Sí, nunca se sabe.

—Está bien.

La doctora Kolmsee abrió el cajón superior de su mesa, cogió su pistola, y se la colocó al cinto, en donde ya llevaba un mando de control remoto y un pequeño telecomunicador, como todos los miembros de la tripulación.

—Cuando quieras, Dan.

—Vamos. El comandante Magath y los demás nos están esperando.

Dan Sommer y Elfi Kolmsee salieron de la enfermería y se dirigieron al puente de mando.

Cinco minutos después, el comandante Magath y su grupo abandonaban la *Zetrom* 2000, sin sospechar que, desde ese momento, sus vidas estaban en grave peligro.

Y no iban a tardar mucho en darse cuenta de ello...

CAPITULO VI

La puerta principal de la *Sytrum* 2001 permanecía abierta, y la escalera metálica que servía para descender de ella estaba bajada, tocando su extremo el suelo.

El comandante Magath y los ocho miembros de su tripulación caminaron hacia la puerta de la *Sytrum* 2001 y subieron la escalera.

Magath esgrimía su pistola de rayos láser.

También Dan Sommer empuñaba la suya.

Los tres hombres que prestaban servicio en el puente de mando iban armados con fusiles de rayos infrarrojos, mientras que las tres mujeres portaban pistolas de rayos láser.

La doctora Kolmsee, por el momento, llevaba enfundada la suya, aunque su mano estaba presta a empuñarla, si había necesidad de ello.

Guido Magath y su grupo alcanzaron la puerta de la *Sytrum* 2001 y penetraron en la astronave.

La doctora Kolmsee y las otras tres mujeres lanzaron sendos gritos de horror al descubrir el esqueleto de un ser humano, manchado de sangre y con algunos jirones de carne adheridos todavía a los huesos.

—Dios mío… —exclamó apagadamente el comandante Magath, que había palidecido sensiblemente, al igual que Dan Sommer y los otros tres hombres.

El segundo de a bordo, con extraña voz, dijo: —Este desgraciado fue devorado por una o varia fieras.

—Desgraciada, Dan —corrigió Elfi Kolmsee—. Es e esqueleto de una mujer.

—Una tripulante de la *Sytrum* 2001, no hay duda —murmuró Magath.

—Sí, opino lo mismo —manifestó Dan.

—Sigamos adelante —indicó Magath—. Es posible que encontremos nuevas víctimas.

Se adentraron más en la astronave, pasando muy cerca del esqueleto de la mujer que fuera devorada por una o varias bestias hambrientas.

En el suelo, además de varias manchas de sangre, se veían un par de botas destrozadas y algunos jirones de tejido.

Era todo lo que quedaba de la vestimenta de la infortunada mujer.

Apenas nada.

Como nada quedaba de su cuerpo, sin duda joven y bien formado.

Sólo los huesos...

Desgraciadamente, el comandante Magath no se equivocó al profetizar que seguramente hallarían nuevas víctimas.

Siete, nada menos.

Cuatro hombres y otras tres mujeres.

Los siete habían muerto devorados por fieras, tan feroces y hambrientas, que no habían dejado de ellos más que sus esqueletos.

El espectáculo no podía ser más horroroso.

Más escalofriante.

Más aterrador...

El comandante Magath y los ocho miembros de su tripulación, pálidos y con el estómago encogido, siguieron registrando la astronave, seguros de hallar más esqueletos humanos.

Sin embargo, no fue así.

No encontraron más víctimas.

Evidentemente, el resto de la tripulación debió abandonar la astronave.

¿Antes del ataque de las bestias hambrientas...?

¿Después...?

Eso era algo que, por el momento, no podía saberse.

Pero, al menos, quedaba la esperanza de hallar con vida al resto de los miembros de la tripulación de la *Sytrum* 2001, formada por treinta personas.

Ocho habían muerto, devorados por las fieras.

Los otros veintidós...

—Tendremos que buscarlos —dijo gravemente Guido.

—Habrá que adentrarse en esta inmensa y peligrosa selva, comandante —murmuró Dan Sommer.

—Desde luego. De nada serviría sobrevolarla con una de nuestras pequeñas naves de reconocimiento, porque su espesura impide ver lo que hay debajo. Tenemos que ir a pie. Trataremos de encontrar el rastro de las personas que abandonaron la astronave. Seguro que esos veintidós hombres y mujeres también se adentraron en la selva a pie. No falta ninguna de sus naves de reconocimiento, según pudimos comprobar. Están todas en el hangar.

—Sí, es cierto —asintió Sommer.

—Bien, no perdamos más tiempo. Tenemos que encontrar a esas veintidós personas. Vivas o muertas.

Abandonaron todos la *Sytrum* 2001.

Antes de adentrarse en la frondosa selva, el comandante Magath, por medio de su telecomunicador portátil, habló con uno de los miembros de la tripulación que habían quedado a bordo de la *Zetrom* 2000 y le dio instrucciones.

Debían cerrar la puerta de la astronave y retirar la escalera metálica, para evitar que las peligrosas y hambrientas bestias de Oltano penetrasen en la *Zetrom* 2000 y los devorasen a todos.

Magath y su grupo esperaron hasta que vieron que la escalera mecánica se replegaba y la puerta principal de la astronave se cerraba.

Entonces, se introdujeron en la selva, con las armas firmemente empuñadas y todos los sentidos alerta.

Avanzaban en fila india.

Despacio.

Conteniendo la respiración.

La luz de la estrella en torno a la cual giraban los siete planetas del Sistema Orión, se filtraba por entre las tupidas ramas de los gigantescos árboles, iluminando suficientemente la selva.

Ello permitió al grupo de terrestres adentrarse en la espesura sin dificultad, y también rastrear el suelo.

Los tensos pabellones auriculares de los nueve miembros de la tripulación de la *Zetrom* 2000 captaban extraños cantos de pájaros, sordos gruñidos, y algún que otro rugido, muy lejanos éstos últimos.

De pronto, al retirar un arbusto, para abrirse paso, el

comandante Magath descubrió un nuevo esqueleto.

—Dan... —murmuró, parándose.

Dan Sommer, que iba tras él, miró por encima del hombro de Guido Magath y descubrió el esqueleto.

Un esqueleto macabramente limpio, sin una sola mancha de sangre ni un solo jirón de carne pegada a él. Esto era lo que le diferenciaba de los otros esqueletos, los hallados en la *Sytrum* 2001.

Dan Sommer se estremeció hasta la médula.

—Es horrible, comandante... Los huesos están limpios y perfectamente repelados. No queda un solo gramo de carne en ellos...

—Ya me he dado cuenta. Es el esqueleto de una mujer, ¿verdad, doctora Kolmsee?

Elfi Kolmsee, situada detrás de Dan Sommer, respondió:

—Sí, comandante.

—Otro miembro femenino de la tripulación de la *Sytrum* 2001 —adivinó Magath—. Esta mujer, sin embargo, no murió devorada por las bestias salvajes.

—¿Lo dice por lo limpio y repelado que está su esqueleto, comandante? —preguntó Dan.

—Por eso..., y porque allí veo sus ropas, absolutamente intactas —indicó Magath, apartando una rama.

Era cierto.

En el suelo, tirado sobre la hierba, se encontraba el traje de la mujer, así como sus botas, su cinto, y unas finas braguitas. También se veía una pistola de rayos láser.

Todo, efectivamente, se hallaba intacto.

—¿Qué pudo suceder? —musitó Elfi Kolmsee.

El comandante Magath encogió levemente los hombros.

—Es difícil saberlo, doctora Kolmsee. Pensar que la chica se despojara voluntariamente de todo cuanto llevaba encima, en una selva tan peligrosa como ésta, no parece probable. Me atrevo a sospechar que alguien la desnudó completamente.

—¿Para qué, comandante? —preguntó Dan Sommer.

—Lamento ser tan crudo, y de antemano pido perdón por ello, pero a la vista de lo que quedó de la mujer, solamente su esqueleto, sólo se me ocurre pensar esto: para comérsela.

La respuesta de Guido Magath puso los pelos de punta a los ocho

miembros de su tripulación, quienes se miraron entre sí mudamente.

—¿Insinúa que Oltano está habitado por caníbales, comandante...? —exclamó Dan Sommer.

—No, no lo creo, Dan —rechazó Magath—. Esta mujer tampoco fue devorada por seres humanos, sino por hormigas, gusanos, o algo así. Tal vez quien la desnudó la arrojara a las hormigas, los gusanos, o lo que fuera, para ver cómo se la comían.

Sommer volvió a estremecerse profundamente.

—¿Puede existir alguien tan sádico y tan ruin, comandante?

—No lo sé, Dan. Sólo son suposiciones. Quizá unas cuantas hormigas cayeron de pronto sobre la chica, se le metieron por dentro de las botas y del traje, y eso la obligó a desnudarse completamente, para eliminarlas a todas. También cabe dentro de lo posible, ¿no?

—Desde luego —asintió Sommer.

—Bien, como haciendo hipótesis no adelantamos nada, será mejor que continuemos —suspiró Magath, y reanudó la marcha.

Dan Sommer, la doctora Kolmsee, y los otros seis miembros de la tripulación, le siguieron, con el corazón oprimido.

No tardaron en encontrar otro esqueleto humano, igualmente limpio y sin un solo gramo de carne pegada a sus huesos. Este esqueleto no era de mujer, sino de hombre.

Las ropas del hombre yacían también en el suelo, intactas.

De haber estado junto a las de la mujer, se podría haber pensado que los dos se desnudaron para hacer el amor, pero como éste no era el caso...

El comandante Magath y su grupo estaban pensando nuevamente en las hormigas, cuando un grito femenino rasgó el aire como una lanza.

CAPITULO VII

Lo había lanzado Nadia, una de las mujeres que formaban parte del grupo.

La que cerraba la fila, concretamente.

El comandante Magath, Dan Sommer, la doctora Kolmsee, y los otros cinco miembros de la tripulación se volvieron en el acto, alarmados.

Por un instante, quedaron todos paralizados de espanto.

Y no era para menos.

¡Nadia había sido atrapada por una planta carnívora!

¡Los largos y múltiples tallos de la planta se habían enroscado a su cuerpo como serpientes, sujetándole brazos, piernas, cuello, pecho, cintura, todo!

¡Y no sólo se limitaban a sujetarla!

¡Los extremos de los tallos, hábiles como dedos humanos, estaban despojando a su víctima de todo cuanto llevaba encima!

¡Ya le habían sacado las botas y desabrochado el cinto!

¡También le habían bajado la cremallera del traje!

Guido Magath y su grupo comprendieron ahora lo que les sucedió a la pareja de tripulantes de la *Sytrum* 2001, cuyos esqueletos, macabramente limpios y sin un gramo de tejido humano, encontraran minutos antes, junto con sus ropas intactas.

No fueron desnudados por habitantes de Oltano, sino por las plantas carnívoras, y devorados por éstas, no por hormigas, gusanos, o algo parecido.

Nadia, presa de un terror indescriptible, se debatía inútilmente entre los largos y fuertes tallos de la planta carnívora, dando chillidos histéricos.

—¡Socorro...! ¡Ayudadme...! —suplicó, al borde del

desvanecimiento.

Dan Sommer fue el primero en reaccionar.

De un par de saltos se plantó frente a la planta carnívora e hizo funcionar su pistola de rayos láser, tomando como blanco el cuerpo de la planta, no sus tallos, porque sospechaba que así acabaría con ella más rápidamente.

Y no se equivocó.

El rayo láser hirió mortalmente a la planta carnívora, cuyos tallos soltaron inmediatamente su presa y se encogieron agónicamente sobre lo que se podría denominar el corazón de la planta, abrasado por el poderoso láser.

Dan Sommer se apresuró a levantar a la aterrorizada Nadia y apartarla de la planta carnívora. La chica, una rubia de rostro bonito y cuerpo deseable, estaba desnuda de cintura para arriba, ya que los tallos de la planta asesina, que ahora agonizaba, habían logrado sacarle los brazos del traje y bajarle éste hasta las caderas.

Si el segundo de a bordo de la *Zetrom* 2000 llega a intervenir unos segundos después, la planta carnívora hubiese dejado a la horrorizada Nadia en pantaloncitos.

Y hasta puede que sin ellos...

Entonces, y sólo entonces, la planta carnívora hubiese empezado a saciar su voraz apetito, arrancando y engullendo jirones de carne del cuerpo desnudo de su víctima, hasta dejar sólo su esqueleto, espeluznantemente limpio.

Por fortuna, no había sido así.

Dan Sommer reaccionó a tiempo y había salvado a la atractiva Nadia de una muerte espantosa, horrible, alucinante.

Pero el peligro no había pasado.

Había más plantas carnívoras, esperando inteligentemente el momento más oportuno para atacar. Parecían plantas normales y corrientes, totalmente inofensivas, quietas, silenciosas, pero, en realidad, se trataba de un verdadero ejército de plantas asesinas, hambrientas, deseosas de atrapar con sus tallos seres vivos, humanos o no, y alimentarse con ellos.

Eso era Oltano.

Un planeta hambriento.

Sus plantas tenían hambre.

Sus bestias, también.

Sólo pensaban en matar, en devorar, en engullir hasta el último gramo de carne de sus víctimas.

Oltano no podía ser, pues, más peligroso.

El comandante Magath y los ocho miembros de su tripulación se daban perfecta cuenta de ello, y ya empezaban a dudar de si saldrían vivos de aquella interminable selva o perecerían todos en ella, como seguramente les ocurrió a los veintidós miembros de la tripulación de la *Sytrum* 2001 que se adentraran en la espesura.

Dan Sommer indicó:

—Ponte bien el traje, Nadia. Ponte también las botas y el cinto. Y recoge tu pistola.

La chica, muy pálida todavía y con todo el vello de su cuerpo erizado, metió los brazos en las mangas del traje y subió la cremallera, ocultando sus hermosos pechos, cuyos rosados pezones también se habían erizado.

Ya se había puesto las botas y el cinto, cuando se produjo el ataque masivo de las plantas carnívoras.

Despertaron todas a una, como obedeciendo la orden de un jefe.

Su movilización, tan repentina como silenciosa, pilló desprevenidos a la mayoría de los terrestres, cuyos cuerpos se vieron aprisionados por los largos tallos de las plantas asesinas.

—¡Cuidado, las plantas carnívoras nos atacan! —rugió Dan Sommer, uno de los pocos que no se habían visto sorprendidos por el súbito despertar de las plantas hambrientas.

—¡Disparad, disparad vuestras armas! —gritó el comandante Magath, predicando con él ejemplo.

—¡No apuntéis a los tallos, sino al corazón de las plantas! ¡Es mucho más efectivo! —hizo saber Dan.

Los rayos láser empezaron a causar estragos entre las plantas carnívoras, viéndose éstas obligadas a soltar sus presas, a las que ya habían empezado a desnudar.

Era el caso de la doctora Kolmsee, uno de los miembros de la tripulación que se habían visto sorprendidos por el rápido y silencioso ataque de las plantas asesinas.

Cuando Guido Magath disparó sobre el cuerpo de la planta que había apresado a la bella doctora, ésta ya tenía los pechos al aire.

—¡En pie, doctora! —gritó Magath—. ¡Y recoja su arma! ¡O acabamos nosotros con las malditas plantas carnívoras, o acaban

ellas con nosotros!

Elfi Kolmsee, libre ya de los férreos tallos de la planta que le atacara, recogió su pistola de rayos láser y se puso en pie de un salto.

Mientras disparaba el arma con la mano derecha, con la izquierda se subió la cremallera del traje, cubriendo sus erguidos senos.

Los rayos láser, al igual que los rayos infrarrojos que lanzaban los tres fusiles empuñados por otros tantos miembros de la tripulación, seguían causando bajas al ejército de plantas carnívoras, consiguiendo finalmente rechazar su ataque.

Pero eso no significaba que hubiesen vencido a las plantas hambrientas.

En realidad, se hallaban totalmente rodeados por ellas, y romper su cerco no iba a resultar fácil.

Había docenas de ellas.

Tal vez cientos.

Quizá miles, si insistían en adentrarse más y más en la peligrosa selva, en vez de volver sobre sus pasos y regresar a la *Zetrom* 2000.

Lo más sensato, desde luego, era esto último.

No podían luchar contra tanta planta carnívora.

A fuerza de tanto disparar, las cargas de sus pistolas y fusiles se agotarían, y entonces sus armas no servirían de nada.

Ya no tendrían con qué rechazar los ataques de las plantas asesinas.

Se encontrarían totalmente a merced de ellas.

Sería su fin.

Y qué fin...

Los nueve terrestres, agrupados en el centro de lo que había sido el campo de batalla, apuntaban con sus armas a las plantas carnívoras que les rodeaban, aunque ya habían dejado de disparar contra ellas, por orden del comandante Magath.

—Debemos ahorrar disparos. Nos harán falta para salir de aquí —explicó, en tono grave.

—Seguir adentrándose en la selva sería suicida, comandante —opinó Dan Sommer—. Las plantas carnívoras nos devorarán a todos.

—Estoy de acuerdo, Dan. Por eso he decidido que regresemos a la astronave. Con el permiso de estas condenadas plantas,

naturalmente. Nos tienen totalmente cercados, pero creo que lograremos romper su cerco y salir de esta maldita selva.

—Intentémoslo, comandante. Pero debemos mantenernos apiñados, y cubrir tanto nuestras espaldas como nuestros flancos, mientras avanzamos. Las plantas carnívoras nos atacarán por todos lados, en cuanto vean que tratamos de romper su cerco para escapar de ellas

—Seguro. Lo haremos como ha indicado Dan, mu chachos —dijo Magath al resto del grupo—. ¿Estáis todos listos?

Respondieron todos afirmativamente.

—Muy bien, vamos allá —ordenó Magath.

Empezaron a retroceder sobre sus pasos, despacio y con las armas empuñadas con firmeza.

Las plantas carnívoras, demostrando una vez más su sorprendente inteligencia, comenzaron a estrechar el cerco, con el fin de atacar a sus víctimas desde todas direcciones, tal y como había supuesto Dan Sommer.

—¡Disparad! —ordenó Magath—. ¡No debemos permitir que se acerquen a nosotros! ¡No podemos luchar cuerpo a cuerpo con las plantas carnívoras! ¡Llevaríamos las de perder!

Los nueve terrestres hicieron nuevamente uso de sus armas, abrasando a las' plantas asesinas más próximas a ellos.

Consiguieron romper el cerco, pero nuevas plantas hambrientas surgían a su paso, dificultándoles la retirada hacia la *Zetrom* 2000.

Como, al propio tiempo, eran atacados por detrás y por ambos lados, la situación era realmente dramática..

Y de dramática pasó a la desesperada cuando las cargas de las pistolas y los fusiles empezaron a agotarse, de tanto disparo.

El fin, horripilante fin del comandante Magath y su grupo, parecía inminente.

Cuestión de un par de minutos.

Talvez menos...

CAPITULO VIII

Afortunadamente, los nueve terrestres se hallaban mucho más cerca del claro de la selva de lo que ellos sospechaban.

Apenas quince metros.

Dan Sommer fue el primero en descubrir que se encontraban tan cerca del claro, al captar, por entre las ramas de los árboles, los destellos que lanzaba el brillante fuselaje de la *Zetrom* 2000, al recibir en él los rayos de la estrella que iluminaba el Sistema Orión.

Dan dio un grito de alegría.

—¡Mire, comandante! ¡Estamos a punto de alcanzar el claro de la selva! ¡Se ve brillar el casco de nuestra astronave!

—¡Corramos hacia allí, pronto! ¡Tenemos que abrirnos paso como sea!

Dicho esto, Guido Magath se lanzó bravamente contra las plantas carnívoras que les cortaban la retirada, achicharrando con su pistola de rayos láser a varias de ellas.

Su arma era una de las pocas que todavía funcionaban, aunque su carga estaba a punto de agotarse.

Lo mismo sucedía con la pistola de Dan Sommer.

Y con la de Elfi Kolmsee.

Y con el fusil de rayos infrarrojos que empuñaba Zitto, uno de los hombres que formaban parte del grupo.

Los otros dos fusiles y las otras tres pistolas, habían agotado sus cargas y ya no servían para nada.

Dan Sommer, la doctora Kolmsee y Zitto formaron una especie de triángulo, dentro del cual quedaron agrupados los dos hombres y las tres mujeres que no podían defenderse de las plantas carnívoras, por haber quedado inutilizadas sus armas.

De esta manera, Dan, Elfi y Zitto protegían a sus cinco

compañeros, impidiendo que las hambrientas plantas lograsen atraparlos con sus largos y fuertes tallos.

Por la especie de cuña que iba abriendo el comandante Magath con su pistola, desafiando audazmente el peligro que suponía acercarse tanto a las plantas carnívoras, se metieron a toda prisa los ocho miembros de su tripulación, antes de que las plantas asesinas cerrasen de nuevo la cuña abierta por Guido Magath.

Algunas lo intentaron, pero Dan Sommer, la doctora Kolmsee y Zitto dieron buena cuenta de ellas con sus armas.

De pronto, la pistola de Elfi Kolmsee dejó de funcionar.

Casi al mismo tiempo, se agotó también la carga del fusil de Zitto.

Sólo quedaba la pistola de Dan Sommer para mantener a raya a las plantas hambrientas que trataban de taponar el pasillo abierto por el comandante Magath.

Muy poco cosa.

Especialmente, si se tenía en cuenta que también el arma del segundo de a bordo de la *Zetrom* 2000 dejaría de funcionar de un instante a otro.

Por fortuna, el comandante Magath había alcanzado ya el claro.

—¡De prisa, muchachos! ¡Corred, rápido!

Dos hombres y dos mujeres consiguieron alcanzar también el claro y ponerse a salvo, pero Dan Sommer, la doctora Kolmsee, Zitto y la rubia Nadia vieron cortado su paso por tres plantas carnívoras, cuyos peligrosos tallos buscaron rápidamente los cuerpos de sus víctimas.

Elfi y Nadie chillaron a dúo, horrorizadas, mientras Zitto musitaba:

—El cielo nos proteja...

Dan Sommer disparó su pistola y abrasó a una de las plantas, pero cuando velozmente fue a efectuar otro disparo sobre una de las dos plantas que todavía les cerraban el paso, el arma no vomitó ningún rayo láser.

Se había agotado su carga.

La pistola era ahora un trasto inservible.

Dan se la arrojó a las plantas con rabia, barbotando:

—¡Malditas!

—¡Es el fin, Dan! —chilló Elfi, abrazándose a él.

—¡Estamos perdidos! —gritó Nadia, aferrándose con desesperación a Zitto—. ¡Vamos a morir devorados!

El comandante Magath, percatándose de la angustiosa situación de Dan, Elfi, Zitto y Nadia, acudió en su ayuda, disparando su pistola de rayos láser.

Sólo pudo efectuar dos disparos.

La carga de su pistola no dio para más.

Se había agotado totalmente.

Dos disparos, sin embargo, fueron suficientes para herir de muerte a las dos plantas asesinas que cerraban el paso a Dan, Elfi, Zitto y Nadia.

Como otras varias se acercaban peligrosamente, Dan Sommer rugió:

—¡Saltemos por encima de las dos plantas carnívoras que agonizan, rápido!

—¡Sí, o las otras nos atraparán! —gritó Zitto.

—¡Vamos, de prisa! —apremió el comandante Magath.

Dan agarró de la mano a Elfi y saltaron los dos a un tiempo por encima de las dos plantas heridas de muerte, cuyos encogidos tallos se desplegaron en ese preciso momento, en un último y desesperado intento de atrapar alguna víctima.

No lo consiguieron, porque se desplegaron sin fuer za, y sólo llegaron a rozar las piernas de Dan y Elfi, faltas de la energía necesaria para enroscarse a ellas.

Dan y Elfi alcanzaron, pues, el claro de la selva en donde quedaron a salvo.

Un par de segundos después, Zitto y Nadia se reunían con sus compañeros, tras haber saltado ágilmente por encima de las plantas carnívoras que agonizaban, cogidos de la mano.

Los encogidos tallos de las plantas asesinas también habían buscado sus piernas, en el momento que saltaban por encima de ellas, pero se desplegaron con tanta lentitud y debilidad, que no lograron su objetivo.

Parecía un milagro, pero los nueve terrestres habían logrado salir con vida de la peligrosa selva, escapando por los pelos de la legión de plantas carnívoras que, terriblemente hambrientas, intentaron devorarles.

Alegres y emocionados, los nueve miembros de la tripulación de

la *Zetrom* 2000 se abrazaron entre sí efusivamente y se besaban una y otra vez.

Elfi, Nadia, y las otras dos mujeres, lloraban como niñas.

También los cinco hombres tenían los ojos brillantes, casi húmedos.

Dan Sommer pensaba que, en un momento así, Elfi Kolmsee olvidaría lo que el comandante Magath les hizo a los dos varias semanas atrás y le daría un efusivo abrazo y un beso, como las otras tres mujeres de la tripulación.

Se equivocó.

La doctora Kolmsee abrazó y besó a Zitto y los otros dos hombres, así como a las mujeres, pero no abrazó ni besó a Guido Magath, al que rehuyó deliberadamente.

El comandante de la *Zetrom* 2000, dándose cuenta de ello, miró a Dan Sommer de forma significativa.

Dan bajó la mirada, avergonzado del comportamiento de Elfi.

Magath les había salvado la vida a los dos.

Y, a Elfi, por dos veces: cuando ella se vio atacada por sorpresa por las plantas carnívoras, y cuando estaban a punto de alcanzar el claro y dos plantas asesinas les cortaban el paso, mientras otras se aproximaban a ellos peligrosamente.

Sin embargo…

Dan Sommer no pudo seguir pensando, porque un nuevo peligro caía ya sobre ellos, tan serio como el que supuso el ataque de las numerosas plantas carnívoras.

CAPITULO IX

Ahora se trataba de las bestias salvajes de Citano, tan hambrientas o más que las plantas carnívoras.

Surgieron por el lado opuesto de la selva al que eligieran el comandante Magath y su grupo para adentrarse en ella, en busca de los veintidós miembros de la tripulación de la *Sytrum* 2001 que abandonaran la astronave.

Una verdadera horda de fieras de todos los tamaños y todas las formas, que lanzaban unos rugidos escalofriantes, para aterrorizar a sus víctimas y dejarlas sin capacidad de reacción durante algunos segundos, los que necesitaban para darles alcance, saltar sobre ellas y comenzar a devorarlas.

Aun disponiendo de armas, a los nueve terrestres les hubiese sido prácticamente imposible detener a un número tan elevado de animales salvajes, pues pasarían de cincuenta o sesenta.

¡Y no disponían de ellas!

¡Los que conservaban las suyas no podían utilizarlas, porque las cargas estaban totalmente agotadas!

El comandante Magath rugió:

—¡Subamos a la astronave, de prisa! ¡No tenemos con qué defendernos de esas bestias rabiosas!

Corrieron los nueve hacia la puerta principal de la *Zetrom* 2000, que seguía cerrada, así como replegada la escalera mecánica.

Mientras corría, Guido Magath tomó su telecomunicador portátil, para ordenar que les abriesen velozmente la puerta y bajasen la escalera.

No fue necesario.

Los miembros de la tripulación que continuaban a bordo se habían dado cuenta del peligro que corrían su comandante y sus

ocho compañeros, y abrieron la puerta e hicieron descender la escalera sin que nadie se lo ordenase.

Y no se limitaron a eso, sino que algunos de ellos empezaron a disparar con fusiles de rayos infrarrojos sobre las fieras hambrientas, desde la puerta de la astronave.

Las bestias aullaron, mientras se retorcían en el suelo, con el cuerpo abrasado. Las que no fueron alcanzadas por los rayos infrarrojos, siguieron corriendo velozmente hacia el comandante Magath y su grupo.

Estos también corrían que se las pelaban, para no verse alcanzados por la horda de bestias sanguinarias.

La escalera mecánica ya tocaba el suelo.

Los nueve terrestres subieron rápidamente a la astronave, mientras sus compañeros fulminaban a las fieras que amenazaban con darles alcance.

El comandante Magath y Dan Sommer fueron los últimos en penetrar en la *Zetrom* 2000.

—¡Cerrad la puerta, rápido! —ordenó Magath.

La puerta principal de la astronave comenzó a cerrarse, pero con más lentitud de lo que el caso requería.

Algunas fieras habían alcanzado la escalera, que ya se estaba replegando, y trataron de penetrar en la *Zetrom* 2000, antes de que la puerta acabara de cerrarse.

—¡Disparad sobre esas bestias! —rugió Magath.

Los miembros de la tripulación que empuñaban fusiles de rayos infrarrojos carbonizaron a las fieras que pretendían colarse en la astronave.

La puerta se cerró totalmente, sin que ninguna de las bestias lograra su objetivo, y la escalera metálica acabó de replegarse.

Por segunda vez, el comandante Magath y los ocho componentes de la tripulación que iban con él se habían librado de una muerte horrible.

Y también por los pelos, como en la ocasión anterior.

* * *

Más tranquilos ya, Guido Magath y Dan Sommer hablaron de lo sucedido.

El comandante de la *Zetrom* 2000 recordó:

—Las bestias salvajes surgieron por la parte opuesta del claro a

la que nosotros elegimos para adentrarnos en la selva.

—Es cierto, comandante.

—¿No te sugiere nada eso, Dan?

—Sí, creo que sí.

—Habla.

—En esa parte de la selva no debe haber plantas carnívoras, comandante. Si las hubiera, habrían atrapado a las fieras y las hubiesen devorado a todas.

Magath asintió con la cabeza.

—Lo mismo pienso yo, Dan. Las bestias conocen bien la selva, puesto que en ella viven. Saben por dónde pueden moverse y por dónde no.

—Evidentemente.

—Si tenemos que adentrarnos de nuevo en la selva, lo haremos por ese lado. Prefiero enfrentarme a las fieras que a las plantas carnívoras.

—A mí me parecen igual de peligrosas, comandante.

—Tal vez lo sean, pero...

—Los ocho miembros de la tripulación que quedaron a bordo de la *Sytrum* 2001, fueron devorados por las bestias salvajes —recordó Dan.

—Sí, no lo he olvidado. Pero no creo que los otros veintidós, los que la abandonaron y se adentraron en la selva, corrieran mejor suerte. Las plantas carnívoras debieron dar buena cuenta de ellos. De hecho, nosotros hallamos los esqueletos de un hombre y una mujer. Si nos hubiéramos adentrado más en la selva, seguramente hubiésemos encontrado los esqueletos de los otros veinte miembros de la tripulación, junto con sus ropas intactas. Ya sabes que esas condenadas plantas desnudan completamente a sus víctimas, antes de...

Dan Sommer se estremeció.

—No me lo recuerde, comandante. Se me ponen los pelos de punta.

—Y a mí, no creas —confesó Magath, con una ligera sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer, comandante?

—Por el momento, descansar. Los nueve que nos adentramos en esa peligrosa selva, lo necesitamos. Ya decidiremos después lo que conviene hacer. Tengo pocas esperanzas de hallar con vida a

algunos de los miembros de la tripulación de la *Sytrum* 2001, pero no podemos abandonar Oltano sin asegurarnos de que todos están muertos. Y lo mismo digo con respecto a la tripulación de la *Bacrom* 2002, la primera astronave que desapareció en este maldito planeta. Todavía no sabemos nada de ella.

—Me temo que su tripulación habrá corrido la misma suerte que la tripulación de la *Sytrum* 2001, comandante.

—Yo también, Dan. Pero repito que tenemos que averiguarlo. Es nuestra obligación. Para eso nos mandaron.

—Lo sé, comandante.

Magath puso su mano sobre el hombro izquierdo de Sommer y se lo oprimió afectuosamente.

—Retírate a descansar, Dan. Solo o con la doctora Kolmsee, como prefieras.

Sommer volvió a sentirse avergonzado del comportamiento de Elfi Kolmsee.

—Lo siento, comandante.

—¿Qué es lo que sientes, Dan?

—Vi lo que hizo la doctora Kolmsee con usted. No estuvo bien.

Guido Magath sonrió tristemente.

—No me puede ver ni en pintura, ya te lo dije la noche que estuve en tu apartamento de San Francisco. No me perdona lo que hice.

—Usted le salvó hoy la vida en dos ocasiones.

—Sí, es cierto.

—La doctora Kolmsee debería estarle agradecida por ello.

—Y sin duda lo está. Pero su orgullo le impide demostrarlo.

—Tal vez, con el paso del tiempo...

—Sí, es posible —volvió a sonreír Magath—. Anda, ve con ella. Seguro que te está esperando.

—Gracias, comandante —sonrió también Dan, y se dirigió al camarote de Elfi.

* * *

La doctora Kolmsee se hallaba bajo la ducha, friccionando su maravilloso cuerpo desnudo con una pastilla de jabón, muy suave y con aroma de pino.

Elfi creía sentir todavía el viscoso y desagradable contacto de los tallos de la planta carnívora que la atrapara, y que ya había

comenzado a desnudarla cuando el comandante Magath la libró de ella, achicharrándola con su pistola de rayos láser.

Frunció el ceño al recordar que Magath le había salvado la vida.

Precisamente él…

Y por dos veces.

Su ceño aún se frunció más al pensar que Guido Magath clavó un instante su mirada en los pechos de ella, desnudos por culpa de la planta carnívora, que le había abierto el traje de par en par.

No era la primera vez que se los contemplaba.

Y más que eso.

Mucho más.

Si Dan Sommer supiera…

Pero él nunca lo sabría.

No debía enterarse.

Su reacción sería terrible.

Elfi Kolmsee sintió deseos de llorar.

Le ocurría siempre que pensaba en lo que había tenido que hacer para conseguir que…

Cerró los ojos apretadamente.

No quería llorar.

Adivinaba que Dan Sommer acudiría de un momento a otro a su camarote, y no debía verla con los ojos enrojecidos a causa del llanto. Tendría que explicarle por qué había llorado, y no podía hacerlo.

Sin despegar los párpados, la doctora Kolmsee siguió friccionando su cuerpo con la pastilla de jabón, mientras el agua tibia de la ducha resbalaba por su piel, en continua y placentera caricia.

Un par de minutos después, cerraba la llave de la ducha y atrapaba la toalla. Empezó a secarse con ella.

La puerta del baño se hallaba entornada, lo cual permitió a Elfi descubrir que alguien había entrado en su camarote, pues escuchó sus pasos.

—¿Dan…?—preguntó, envolviendo su cuerpo desnudo con la toalla de forma apresurada.

El rostro de Dan Sommer asomó por el hueco de la puerta del baño, sonriente.

—¿Estás visible, cariño?

—Eso se pregunta antes de mirar. Si llego a estar bajo la ducha…

—No he tenido esa suerte —rió Sommer, abriendo totalmente la puerta.

—Me estaba secando cuando entraste. Por fortuna te oí y me dio tiempo a envolverme con la toalla.

—Para lo que te va a durar puesta… —No te atrevas a quitármela, Dan. —Si lo estás deseando, lo sé.

—Un paso más y te pongo un ojo a la funerala —amenazó la doctora, levantando su puño derecho.

—¿No quieres que hagamos el amor?

—En la litera, no en el cuarto de baño.

—A la litera pensaba llevarte, cariño.

—Con la toalla puesta.

—A mí no me interesa la toalla, sino lo que hay debajo.

—Lo que hay debajo es mío, y lo oculto cuando me parece.

—Todo lo tuyo es mío, lo mismo que todo lo mío es tuyo. ¿O no…?

Elfi Kolmsee le sonrió amorosamente.

—Sí, Dan.

—Fuera la toalla, pues —dijo Sommer, y se la quitó, dejándola completamente desnuda.

—¿Sabes que actúas como las plantas carnívoras? —bromeó Elfi, pasándole los brazos por el cuello y pegando su cuerpo al de él.

—¿Lo dices porque desnudan a sus víctimas antes de comérselas?

—Sí.

—Yo no voy a comerte. Aunque ganas no me faltan, debo confesarlo.

—Tú nunca llegas a comerme, pero bien que me lo muerdes todo, bribón.

—¿No te gusta que utilice mis dientes?

—Ya lo creo que me gusta —confesó Elfi, hurgando expertamente en la nuca masculina.

Dan la besó en los labios con vehemencia, al tiempo que estrechaba y acariciaba el cuerpo desnudo de la joven y hermosa doctora.

CAPITULO X

Hacía tan sólo un par de minutos que habían alcanzado el éxtasis supremo, y sus cuerpos desnudos, brillantes de sudor, reposaban sobre la litera del camarote, totalmente satisfechos y relajados.

Dan Sommer movió su mano y acarició el rostro de la doctora Kolmsee.

—Elfi...

Ella abrió los ojos y le sonrió dulcemente.

—¿Sí, Dan?

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—¿Lo dices sinceramente?

—¿Cómo puedes dudarlo, después de lo que...?

—Si de verdad me quieres, perdona al comandante Magath.

Elfi Kolmsee arrugó el ceño.

—Te dije que no me pidieras eso, Dan. Sabes que no puedo complacerte.

—¿Por qué?

—No puedo olvidar lo que hizo.

—¿Ni siquiera después de lo que ha sucedido hoy?

—No sé a qué te refieres.

—El comandante Magath te libró de una planta carnívora. Y, minutos más tarde, nos salvó la vida a ti, a mí, a Zitto y a Nadia, eliminando a las dos plantas asesinas que nos impedían alcanzar el claro. ¿Lo has olvidado ya, Elfi?

—No, no lo he olvidado —respondió ella, desviando la mirada.

Dan la obligó a mirarle nuevamente. —No apartes tus ojos, Elfi. —Déjame, Dan. —No quiero dejarte. —Por favor.

—Quiero que me mires a los ojos. —¿Para qué?

—Sospecho que tú me ocultas algo, y tengo que averiguar lo que es.

Elfi Kolmsee se estremeció. —No te oculto nada, Dan.

—Yo creo que sí.

—Te doy mi palabra. —¿Por qué estás tan nerviosa, entonces? —Porque estamos hablando del comandante Magath, y eso me pone enferma.

—La última vez que hablamos de él, le llamaste rata.

—Lo es.

—Esa rata te salvó la vida. Nos la salvó a los dos.

—Eso no cambia las cosas. El comandante Magath me sigue pareciendo una rata. Y rata le seguiré llamando.

—No puedo creer que le odies tanto por lo que pasó. Tiene que haber otra razón. Una razón de la cual tú no quieres hablarme.

—Te aseguro que no, Dan.

—Sigo pensando que me ocultas algo, Elfi.

—Imaginaciones tuyas. Odio tanto al comandante Magath por lo que te hizo a ti y por lo que me llamó a mí. Puta, entre otras cosas. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Sí.

—Y todavía quieres que le perdone...

—El comandante Magath te insultó porque se hallaba fuera de sí, los celos le dominaban.

—¿Celos...? ¿Qué celos?

—Estaba enamorado de ti, ¿no lo sabías?

La doctora Kolmsee lanzó una carcajada.

—No me hagas reír, Dan.

—Me lo confesó la noche que estuvo en mi apartamento.

—Te mintió descaradamente. El comandante Magath nunca ha sentido amor por mí, sólo deseo. Y me sigue deseando.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo adivino por su forma de mirarme.

—No me conformo con esa respuesta.

—Lo siento, no puedo darte otra.

—¿No puedes... o no quieres?

—Dan, por favor, no empecemos otra vez. Estoy cansada y tengo sueño. ¿Por qué no dormimos un poco?

Dan Sommer, tras unos segundos de silencio, preguntó:

—¿Tuviste algo que ver en mi vuelta al servicio activo, Elfi?

La doctora Kolmsee palideció perceptiblemente.

—Dan… —musitó, mucho más nerviosa que antes.

—Responde.

—Nada, Dan, nada.

Sommer la cogió por los hombros y se los apretó con fuerza.

—Quiero saber la verdad, Elfi.

El rostro de la doctora Kolmsee se contrajo en una mueca de dolor.

—Me haces daño, Dan…

—Contesta.

—Ya lo hice.

—Mentiste.

—No, dije la verdad. No tuve que ver nada en tu regreso a la *Zetrom* 2000, te lo ju…

—¿Qué pasa, Elfi? ¿Por qué te has interrumpido de pronto? ¿No te atreves a jurar en falso?

Las lágrimas acudieron súbitamente a los ojos de Elfi Kolmsee.

Quiso hablar, rebatir las palabras de Dan Sommer, pero algo le atenazó la garganta, impidiéndole articular sonido alguno. Boqueó como un pez fuera del agua, pues tenía la angustiosa sensación de que se ahogaba, que le faltaba el aire, y sus pechos desnudos empezaron a subir y a bajar con fuerza.

Dan apretó los maxilares.

—Ya veo que acerté. Tus lágrimas te delatan, Elfi. Puedes llorar todo lo que quieras. Esperaré, no tengo prisa. Cuando acabes, me contarás lo que realmente pasó. Tengo que saberlo.

La doctora Kolmsee rompió a llorar amargamente, después de cubrirse el rostro con las manos.

Dan Sommer no hizo nada por consolarla.

Se levantó de la litera y, completamente desnudo, cogió sus cigarrillos, se puso uno en los labios, y lo encendió tranquilamente.

Elfi Kolmsee seguía llorando, mientras su cuerpo desnudo se agitaba convulsivamente sobre la litera, cubierto sólo de cintura para abajo por la sábana.

Cuando por fin dejó de derramar lágrimas, del cigarrillo de Dan Sommer sólo quedaba la colilla. La doctora Kolmsee retiró las

manos de su rostro mojado y miró al segundo de a bordo, pero no dijo nada.

Dan aplastó el resto del cigarrillo en el cenicero, se sentó en el borde de la litera, y tomó las manos de la doctora entre las suyas, cariñosamente.

—Te escucho, cariño.

—Dan, yo… —musitó ella.

—No te preocupes, habla sin miedo.

—Temo tu reacción.

—Será fría y serena, te lo prometo.

Elfi Kolmsee se mordió los labios.

—Cuando tú abandonaste la *Zetrom* 2000, el comandante Magath trató nuevamente de conseguirme. Lo intentó repetidas veces, pero fracasó. Fue entonces cuando Magath me hizo la proposición…

—¿Qué clase de proposición?

—Si yo le permitía que me hiciese el amor, él se encargaría de lograr tu vuelta al servicio activo. Tu regreso a la *Zetrom* 2000, ocupando el mismo puesto de antes, el de segundo de a bordo.

A Dan Sommer se le hincharon las venas del cuello, pero su rostro no se alteró.

—¿Qué le respondiste, Elfi?

—En principio, me negué rotundamente, porque sentía una cólera infinita. El comandante Magath me pidió que lo pensara detenidamente, recordándome que, si no accedía a hacer el amor con él, tú jamás volverías al servicio activo, él se encargaría de ello. Después, se marchó y yo empecé a reflexionar. Te quería mucho, Dan, y no me parecía justo permitir que continuases alejado de tu trabajo. Sé cuánto te gusta tu profesión, lo feliz que te hace recorrer el Cosmos en una astronave como la *Zetrom* 2000… Además, yo me sentía culpable de lo que te había sucedido. Le pegaste a Magath porque él me insultó en tu presencia. Por otra parte, yo deseaba tenerte de nuevo cerca de mí, sentirte en mis brazos, recibir tus besos y tus caricias, ser nuevamente tuya…

—Continúa, Elfi.

—Un par de horas después, fui a ver al comandante Magath. Hablamos en su camarote. Le dije que sí, que haría el amor con él si tú volvías a la *Zetrom* 2000. Sólo una vez y cuando te viese con mis

propios ojos a bordo de nuestra astronave. Magath estuvo de acuerdo en lo segundo, pero no en lo primero.

—¿En lo de hacer solamente una vez el amor con él?

—Sí, dijo que le sabía a poco.

—¿Y...?

—Magath quería que yo le permitiese hacer el amor conmigo siempre que a él le apeteciese. El, por su parte, no se opondría a que yo me acostase contigo cuantas veces quisiera. Y me prometió que nadie sabría que él y yo manteníamos relaciones íntimas. Y tú menos que nadie. Dijo que nos convenía a los dos que tú no supieras jamás la verdadera razón de tu vuelta al servicio activo.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Hubiera querido rechazar su canallesca proposición, pero pensé en ti... y acepté.

A Dan Sommer se le hincharon más las venas del cuello.

—¿Cuántas veces has hecho el amor con Magath?

—Seis o siete, no lo recuerdo exactamente.

—No importa —dijo Sommer, y se puso en pie.

Cogió su ropa y comenzó a vestirse.

Sin prisas.

Callado.

Elfi Kolmsee irguió el torso y quedó sentada en la litera.

—Dan...

—¿Qué?

—¿Te marchas?

—Sí.

—¿No me perdonas que me haya entregado al cerdo de Magath?

Dan la miró y sonrió con suavidad.

—Tengo que perdonártelo, Elfi, porque lo hiciste por mí. A quien no voy a perdonar, es a Magath. Tenías razón, ¿sabes? Es una rata. Una rata asquerosa y repelente. Y yo voy a darle su merecido.

CAPITULO XI

La doctora Kolmsee retiró la sábana y saltó de la litera, exhibiendo su total y maravillosa desnudez.

—¡No, Dan! —suplicó, agarrándole por los hombros.

Dan Sommer, completamente vestido ya, cogió las manos de la mujer que se había sacrificado por él y las retiró, suave, pero enérgicamente, de sus hombros.

—Tengo que ajustarle las cuentas a ese miserable de Magath, Elfi.

—¡Olvídalo, por Dios te lo pido!

—¿Olvidarlo...? ¿Me pides que olvide lo que esa rata de Magath ha hecho contigo y conmigo...? A mí me ha tomado el pelo descaradamente y a ti te ha poseído cuantas veces ha querido. ¿Cómo voy a olvidar eso? Le partiré la cara al canalla de Magath. Ahora mismo.

—¡Me prometiste que tu reacción sería fría y serena!

—Y lo está siendo, Elfi. Hablo tranquilo, sin gritos ni exclamaciones altisonantes. Voy a ir en busca de Magath y le romperé la cara. Serenamente, pero se la romperé. Se lo ha ganado a pulso.

—¡Si le pegas a Magath, hará que te retiren nuevamente del servicio activo!

—No, no creo que esta vez lo consiga. En la ocasión anterior no me defendí porque no quería mencionar tu nombre ni explicar lo que estábamos haciendo cuando

Magath nos sorprendió deliberadamente, pero ahora será distinto. Explicaré por qué le pegué al comandante Magath por segunda vez, y tú corroborarás mis palabras. Suponiendo que Magath decida informar a la Tierra, claro. Yo creo que no se

atreverá.

—Espera al menos a que abandonemos Oltano, una vez cumplida nuestra misión —pidió la doctora Kolmsee.

—No, Elfi. No puedo esperar.

—Por favor, Dan.

—No insistas, te lo ruego.

—Dan...

El segundo de a bordo de la *Zetrom* 2000 no esperó más y abandonó el camarote de la doctora Kolmsee.

* * *

El comandante Magath se hallaba tendido en la litera de su camarote, cubierto sólo con un breve slip plateado. Entre los dedos de su mano izquierda, un cigarrillo a medio consumir despedía una pequeña columna de humo blanquecino, que se elevaba lentamente hacia el techo.

En cuanto acabase el cigarrillo, se dormiría profundamente.

Tenía sueño.

Y se encontraba cansado.

El día estaba resultando muy movido.

Y cargado de tensión.

Lentamente, Guido Magath se llevó el cigarrillo a los labios y le dio una larga chupada, para consumirlo cuanto antes. Estaba expulsando la gran bocanada de humo, cuando llamaron a la puerta.

El comandante de la *Zetrom* 2000 se extrañó.

Normalmente, cuando alguno de los miembros de la tripulación quería comunicarle o preguntarle algo, le llamaba por el telecomunicador portátil, no se personaba en su camarote.

Magath se levantó de la litera, dejó el resto del cigarrillo en el cenicero, y abrió la puerta, sin molestarse en vestirse.

—Dan...

—Hola, comandante.

—¿Ocurre algo?

—No, pero va a ocurrir —respondió Dan Sommer, y le estrelló los nudillos de su puño diestro en el mentón.

El trallazo, seco, duro, tremendo, hizo caer de espaldas a Guido Magath.

Dan Sommer penetró en el camarote y cerró la puerta.

Magath sacudió la cabeza, medio atontado por el golpe, y luego se llevó la mano al coceado mentón.

—¿Qué mosca te ha picado, Dan…? —preguntó, desde el suelo.

—Lo sé todo, comandante.

—¿Qué es lo que sabes?

—La clase de proposición que le hizo usted a la doctora Kolmsee, cuando se convenció de que ella jamás accedería a acostarse con usted.

El color empezó a huir del rostro de Guido Magath.

—No sé de qué me hablas, Dan —dijo, muy nervioso.

—Póngase en pie y le refrescaré la memoria.

—No debes pegar a un superior, ya sabes las consecuencias que eso trae.

—Me importan un rábano las consecuencias.

—No pierdas la cabeza, Dan.

—¿Se levanta o prefiere que le patee como si fuera un perro sarnoso?

—Me levantaré, pero no entiendo por qué quieres…

Magath no pudo seguir hablando, porque el puño de Dan Sommer había entrado nuevamente en acción, estrellándose en su rostro con terrible potencia.

El comandante de la *Zetrom* 2000 rodó como una pelota por el piso del camarote, yendo a estrellarse contra la puerta del baño.

Dan fue hacia él.

—En pie, rata de cloaca.

Magath le miró con odio, mientras se restañaba con el dorso de la mano la sangre que resbalaba por la comisura de su boca.

—Maldito…

—Vaya, ya veo que empieza a quitarse la careta.

—¡Toma, bastardo! —rugió Magath, disparando su pierna derecha.

Dan, que no esperaba que su comandante le atacaba desde el suelo, recibió un brutal patadón en los genitales y se desplomó en el acto, ahogado de dolor.

Magath se arrojó como una fiera sobre él y empezó a golpearle en la cara, en el pecho, en los costados, con tremenda dureza.

—¡Esta vez seré yo el ganador de la pelea, Dan!

Dan Sommer, pese al terrible dolor que sentía entre los muslos,

reaccionó bravamente y consiguió conectar un buen par de puñetazos en el rostro de Guido Magath, logrando quitárselo de encima.

Un instante después, era Dan quien saltaba sobre Magath, descargando ya sus puños con furia.

El comandante de la *Zetrom* 2000 recibió una auténtica lluvia de golpes en su cara, en el plexo solar y en el hígado, que le hicieron bramar de dolor.

Magath intentó devolver algunos de los golpes, pero Dan Sommer no le dio opción. Sus duros puños seguían cayendo como mazas sobre él, despellejándole los pómulos, partiéndole las cejas y los labios, machacándole la nariz, hinchándole las orejas, hundiéndole las costillas, haciéndole puré el hígado.,.

Magath nada pudo hacer para evitar el castigo.

Dan Sommer era una furia desatada, un ciclón humano, imposible de frenar, y Guido Magath acabó perdiendo el sentido.

Entonces, y sólo entonces, Dan dejó de golpearle.

Jadeante y con el rostro brillante de sudor, se incorporó lentamente y observó durante casi un minuto a Magath, mientras el ritmo de su respiración se normalizaba.

—Ya tienes tu merecido, rata traidora —pensó en voz alta—. Ahora, haz lo que te parezca. Si quieres informar a la Tierra, informa. Yo también lo haré. Veremos quién pierde más.

Ligeramente encogido, porque le seguían doliendo los órganos genitales, Dan Sommer salió del camarote del comandante Magath y se encaminó hacia el camarote de la doctora Kolmsee.

CAPITULO XII

Guido Magath tardó casi una hora en volver en sí.

Con mucha dificultad, y mientras maldecía entre dientes a Dan Sommer, se incorporó y se introdujo en el baño, para atender los múltiples golpes recibidos.

Cuando se miró al espejo y vio el penoso aspecto que ofrecía su cara, sintió deseos de ir rápidamente en busca de Dan Sommer y Elfi Kolmsee y abrasarlos a los dos con su pistola de rayos láser.

No lo hizo, claro.

No podía acabar con ellos así, en la propia astronave, porque luego sufriría las consecuencias de su doble crimen.

Les mataría, pero fuera de la *Zetrom* 2000, y de manera que nadie pudiese acusarle después de su muerte.

Firmemente decidido a asesinar a Dan Sommer y Elfi Kolmsee, cuando se le presentase la oportunidad, Guido Magath atendió las contusiones y las heridas de su rostro y luego salió del baño, echándose en la litera.

Se durmió casi al instante.

Cuatro horas después, se despertaba, abandonaba la litera y se vestía.

Luego, tomó su telecomunicador portátil y llamó a Dan Sommer.

El segundo de a bordo seguía en el camarote de la doctora Kolmsee, acostado con ella en la litera. Se hallaban despiertos los dos. Dan cogió su telecomunicador y respondió a la llamada.

Cuando el rostro de Dan Sommer apareció en la diminuta pantalla del telecomunicador de Guido Magath, éste ordenó:

—Ven a mi camarote, Dan. Y trae contigo a la doctora Kolmsee. Tenemos que hablar los tres.

—Muy bien. Vamos para ahí —respondió Sommer.

Magath cortó la comunicación.

Dan Sommer apagó también la minúscula pantalla de su telecomunicador y miró a la doctora Kolmsee.

—Ya lo has oído, Elfi. Tenemos que vestirnos.

—Me asusta ir al camarote de Magath, Dan.

—Sólo quiere hablar con nosotros.

—¿No estará tramando algo?

—No creo. De cualquier manera, tenemos que ir El comandante Magath nos ha dado una orden y no podemos negarnos a cumplirla.

—Está bien, vamos.

Se levantaron de la litera, se vistieron, salieron del camarote, y se dirigieron al camarote de Guido Magath.

Dan Sommer hizo sonar el timbre, brevemente.

La puerta se abrió casi al momento.

Magath, muy serio, gruñó:

—Entrad.

Dan Sommer y Elfi Kolmsee penetraron en el camarote, cuya puerta cerró inmediatamente Guido Magath.

Tras mirar duramente a Dan y Elfi, el comandante de la *Zetrom* 2000 dijo:

—Os he hecho venir a mi camarote para hablar de... Bueno, ya sabéis de qué. He decidido no informar a la Tierra de tu nueva agresión, Dan.

—Ya lo suponía.

—¿De veras?

—Sí, es evidente que no le conviene, porque la doctora Kolmsee y yo contaríamos la verdad, y seguramente saldría usted muy mal parado.

Magath apretó las mandíbulas con rabia.

—No estés tan seguro de eso, maldito. Sería vuestra palabra contra la mía, no hay testigo alguno. Lo más probable es que me creyesen a mí.

—Lo dudo mucho, comandante. Y usted también lo duda. De no ser así, no se mostraría tan «generoso» conmigo.

—Bien, no quiero discutir eso. Lo que quiero es que hagamos un trato.

Dan Sommer entrecerró un ojo.

—¿Qué clase de trato?

—Vamos a olvidar los tres todo lo sucedido. A no hablar más de ello, al menos. Ni entre nosotros, ni con ninguno de los miembros de la tripulación. Nadie debe saber lo que ha pasado.

—¿Y cómo vamos a explicar los golpes de su cara y de la mía, comandante? Especialmente, los de la suya. Tiene bastantes más señales que yo.

Magath apretó los hinchados labios, visiblemente amoratados.

—No tenemos por qué explicar nada a nadie. Si alguien pregunta, le diremos que se meta en sus asuntos.

—Todo el mundo sospechará que nos hemos peleado.

—Que lo sospechen, no me importa. Pero no deben averiguar por qué. Es lo único que os pido a cambio de no dar cuenta a la Tierra de tu nueva agresión, Dan. ¿Estáis de acuerdo?

Dan Sommer y Elfi Kolmsee se consultaron con la mirada.

Fue el segundo de a bordo quien respondió:

—Aceptamos el trato, comandante.

—Bien. Os podéis marchar. A ti quiero verte en el puente de mando dentro de unos minutos, Dan. Tenemos que decidir si nos internamos de nuevo en la selva, por el lado donde surgieron las bestias salvajes, o si nos elevamos y buscamos a la *Bacrom* 2002.

—Muy bien.

Dan Sommer y la doctora Kolmsee abandonaron el camarote del comandante Magath, sin sospechar que éste había planeado ya la muerte de los dos.

* * *

Cuando Dan Sommer hizo acto de presencia en el puente de mando, Guido Magath todavía no se encontraba allí.

Las señales de golpes que ofrecía el rostro del segundo de a bordo llamaron rápidamente la atención de los seis miembros de la tripulación que prestaban servicio en el puente, y a Dan Sommer empezaron a lloverle las preguntas.

—¿Qué te ha sucedido, Dan...?

—¿Te has peleado con alguien?

—¿Quién te ha puesto la cara así?

Dan Sommer, con el semblante serio, dijo:

—No voy a responder a ninguna pregunta, así que será mejor que no me las hagáis. Vamos, que cada cual se ocupe de lo suyo. El comandante llegará de un momento a otro, y no quiero que nos

pille de charla.

No hubo más preguntas.

Dan se acercó al amplio mirador de la nave.

Vio los cuerpos abrasados de las fieras hambrientas que resultaran alcanzadas por los rayos infrarrojos, cuando corrían deseosas de devorar al grupo de terrestres que escasos minutos antes habían logrado escapar por los pelos de las plantas carnívoras.

Las que quedaron con vida, habían desaparecido.

Pero Dan adivinaba que no andarían muy lejos.

Seguramente acechaban, ocultas en la maleza, a la espera de que la puerta de la astronave se abriese de nuevo y algunos de los miembros de su tripulación se decidiesen a descender de ella.

Dan Sommer no pudo evitar un ligero estremecimiento al pensar en ello.

En ese preciso momento, el comandante Magath hizo su aparición en el puente, con la cara llena de golpes y el gesto más agrio que un limón verde.

Los seis miembros de la tripulación que trabajaban en el puente clavaron inmediatamente sus ojos en el contusionado rostro de Magath, pero ninguno de ellos se atrevió a preguntarle nada.

En realidad, tampoco hacía falta.

Estaba muy claro que el comandante Magath y Dan Sommer se habían peleado, puesto que los dos llevaban la cara marcada. También estaba muy claro que el segundo de a bordo había ganado la pelea, pues su rostro ofrecía menos señales. Bastantes menos.

Magath fue directamente hacia el mirador del puente, para dialogar con Sommer. Los seis miembros de la tripulación, por el rabillo del ojo, con el mayor de los disimulos, se aprestaron a vigilar a su comandante y al segundo de a bordo.

Y a escuchar lo que decían, si ello era posible.

Guido Magath alcanzó el mirador y observó la peligrosa selva de Oltano.

—¿Qué hacemos, Dan?

—Es usted quien lo ha de decidir, comandante.

—Lo sé, pero antes me gustaría conocer tu opinión.

—Está bien, se la daré. Internarse de nuevo en la selva, conociendo los peligros que nos aguardan en ella, me parece realmente temerario. Si tuviésemos la esperanza de encontrar con

vida a alguno de los miembros de la tripulación de la *Sytrum* 2001, no me importaría arriesgar nuevamente la mía. Pero no existe posibilidad alguna, comandante. Es imposible sobrevivir en una selva donde abundan las plantas carnívoras y las más fieras y peligrosas bestias, sedientas de sangre, ansiosas por devorar a todo ser viviente que sus ojos descubran. Si los ocho tripulantes que se quedaron a bordo, no lograron sobrevivir, cómo vamos a pensar que lo hayan conseguido los veintidós que abandonaron la astronave y se adentraron en la selva… Nosotros hallamos los esqueletos de dos de ellos. Estoy seguro de que los veinte restantes siguieron la misma suerte.

—Lo mismo pienso yo, Dan.

—Mi consejo es que busquemos a la *Bacrom* 2002, comandante. Quizá se posó en un lugar menos peligroso que éste, y su tripulación aún siga con vida. —Lo dices con poca convicción, Dan. —Sí, no voy a negarlo. Oltano es un planeta realmente peligroso, un mundo salvaje y hambriento. Posarse en él, es peor que posarse en el mismísimo infierno. Que la *Bacrom* 2002 ha tenido serios problemas, es evidente, desde el momento que fue capaz de aterrizar en Oltano, pero no de salir de él. Algo ha tenido que ocurrirle a su tripulación. Y me temo que haya sido lo mismo que le sucedió a la tripulación de la *Sytrum* 2001. Magath asintió levemente con la cabeza.

—Yo también lo temo, Dan.

—Busquemos la *Bacrom* 2002, comandante —insistió Sommer—. Según donde la encontremos, si es que la encontramos, sabremos si existe posibilidad o no de hallar con vida a su tripulación, o a parte de ella.

—De acuerdo, Dan. Encárgate tú de sacar la *Zetrom* 2000 de aquí. Ya sabes que es una maniobra difícil, por falta de espacio.

—La sacaré, no se preocupe —aseguró Sommer.

CAPITULO XIII

Dan Sommer, en efecto, sacó limpiamente la astronave del claro de la selva, con la misma habilidad con que la posara horas antes en él, en el poco espacio libre que quedaba entre la *Sytrum* 2001 y los primeros árboles.

Una vez en el aire, la *Zetrom* 2000 dejó atrás el claro e inició la búsqueda de la *Bacrom* 2002, sobrevolando la inmensa selva.

Durante más de dos horas, no encontraron otra cosa que gigantescos y tupidos árboles en todas direcciones. Hallaron algunos claros, pero no lo suficientemente amplios como para permitir el aterrizaje de una astronave como la *Zetrom* 2000, la *Sytrum* 2001 o la *Bacrom* 2002.

Finalmente, localizaron un claro más amplio.

Y, en él, se hallaba posada la *Bacrom* 2002.

Intacta.

Majestuosa.

Como si no tuviese ningún problema.

Y rio lo tenía, desde luego.

Los que seguramente habían tenido problemas, y muy gordos, eran los treinta miembros de su tripulación.

Mientras la *Zetrom* 2000 se aproximaba al claro de la selva, el comandante Magath indicó al encargado de las comunicaciones exteriores que tratara de establecer contacto con la *Bacrom* 2002, aunque con pocas esperanzas de que lo lograra.

Efectivamente, no fue posible.

La *Bacrom* 2002 no respondía a la insistente llamada de la *Zetrom* 2000.

Guido Magath y Dan Sommer cambiaron una mirada.

—No contestan, Dan.

—Ya me lo temía, comandante.
—O no hay nadie... o todos están muertos.
—Ojalá me equivoque, pero sospecho que lo último.
—Yo también.
—Habrá que comprobarlo, comandante.
—Desde luego. Posa la astronave en el claro, Dan. Es más amplio que el otro. No tendrás dificultades.
—Vamos allá.

Dan Sommer efectuó la correspondiente maniobra y la *Zetrom* 2000 se posó suavemente en el claro, junto a la *Bacrom* 2002, quedando entre ambas astronaves una distancia de varios metros, así como otros tantos entre la *Zetrom* 2000 y los primeros árboles de la peligrosa jungla.

El lugar parecía tranquilo, pero tanto Guido Magath como Dan Sommer sabían que se trataba de una tranquilidad aparente, engañosa, falsa.

Las plantas carnívoras estaban esperando que saliesen de la astronave y se internasen en la selva, para atraparlos con sus largos y poderosos tallos, dejarlos completamente desnudos, y devorarlos vorazmente.

Las bestias hambrientas de Oltano debían de estar esperando lo mismo, que abandonasen la astronave, para dar buena cuenta de ellos y de los que quedasen a bordo.

La puerta principal de la *Bacrom* 2002 estaba abierta, y la escalera mecánica, bajada. Mal asunto.

Era dar demasiadas facilidades a las bestias salvajes de Oltano.

Una especie de invitación para que subiesen a bordo y saciasen su voraz apetito.

Invitación que, como era de esperar, no habrían rechazado las sanguinarias fieras.

Aun antes de trasladarse a la *Bacrom* 2002, el comandante Magath y Dan Sommer ya sabían lo que iban a encontrar en ella.

Esqueletos humanos, manchados de sangre y con algunos jirones de carne adherida a ellos.

Botas destrozadas.

Jirones de tejido esparcidos por el suelo...

Sí, sólo iban a encontrar eso en la *Bacrom* 2002.

Muerte.

Destrucción.

Horror...

Pero era necesario ir.

Tenían que comprobar que a bordo no quedaba nadie con vida, que todos habían perecido, devorados por las fieras hambrientas.

Entrañaba un riesgo salir de la *Zetrom* 2000, pero tenían la obligación de correrlo.

Guido Magath, además, quería correrlo.

La situación era inmejorable para llevar a cabo su plan, pues le permitiría sacar a Dan Sommer y Elfi Kolmsee de la *Zetrom* 2000, llevarlos a la *Bacrom* 2002, y acabar con ellos allí, convirtiéndolos en dos puras brasas con su pistola de rayos láser.

Después, a su regreso a la *Zetrom* 2000, diría, fingiéndose horrorizado, que en la *Bacrom* 2002 habían sido atacados por varias bestias hambrientas, las cuales dieron muerte a Dan Sommer y la doctora Kolmsee, pudiendo escapar él con vida de puro milagro.

Nadie dudaría de su historia.

Y, aunque alguien dudase, no se atrevería a ir a la *Bacrom* 2002 para averiguar la verdad.

Sí.

Era un magnífico plan.

Pero, para que saliera bien, no debía haber testigo alguno.

Y no lo habría.

A la *Bacrom* 2002 sólo irían ellos tres.

Nadie más les acompañaría.

Para justificar su decisión, Magath dijo:

—Como todos sabemos lo peligroso que es este maldito planeta, no quiero arriesgar más vidas que las necesarias. Sólo iremos tú y yo a la *Bacrom* 2002, Dan. Bueno, y también la doctora Kolmsee, por si hubiera' necesidad de atender a alguien. No lo creo, pero por si acaso, es mejor que nos acompañe. ¿Estás de acuerdo, Dan?

El segundo de a bordo tardó unos segundos en responder.

En ese breve espacio de tiempo, no apartó sus ojos de los de Guido Magath.

Era como si tratase de leer en ellos las verdaderas intenciones de su comandante.

Y es que Dan Sommer desconfiaba.

No encontraba demasiado lógico que Magath quisiera ir a la

Bacrom 2002 solamente acompañado de él y de la doctora Kolmsee.

Le parecía sospechoso.

Y, más, después de lo sucedido aquel día.

Guido Magath era un tipo rencoroso y vengativo, lo había demostrado con creces, y Dan Sommer temía que estuviese preparando su venganza.

No obstante, el segundo de a bordo respondió:

—Estoy de acuerdo, comandante. Cuantas menos vidas expongamos, mejor.

Magath sonrió extrañamente.

—Me alegra que compartas mi opinión, Dan. Ve en busca de la doctora Kolmsee. Quiero estar cuanto antes en la *Bacrom* 2002.

* * *

Cuando Dan Sommer comunicó a Elfi Kolmsee la decisión del comandante Magath, la joven doctora palideció.

—¿No lo encuentras sospechoso, Dan?

Sommer estuvo a punto de confesar que sí, pero para no asustar más a la doctora Kolmsee, se guardó su opinión y preguntó:

—¿Por qué?

—Si Magath desea intentar algo contra nosotros, tendrá oportunidad de hacerlo. Estaremos los tres solos en la *Bacrom* 2002, nadie podrá acusarle de nada...

Dan la abrazó cariñosamente y luego le dio un tierno y cálido beso en los labios.

—Te estás preocupando sin motivo, cariño.

—¿Tú crees?

—Magath no intentará nada, ya lo verás. Y, si lo intenta, peor para él. No permitiré que te haga daño, Elfi. Ni a ti ni a mí. En todo momento estaré alerta, te lo prometo. Y, por si las mocas, voy a llevar conmigo lo que Magath no se espera.

—¿El qué, Dan?

Sommer se lo dijo.

—¿No es una buena idea, Elfi? —preguntó después.

—Excelente, Dan —respondió ella, y le besó.

* * *

El comandante Magath, Dan Sommer y la doctora Kolmsee se hallaban ya junto a la puerta principal de la *Zetrom* 2000, cerrada

todavía.

Con ellos se encontraban Zitto, Nadia, y otros seis miembros de la tripulación, armados con pistolas de rayos láser y fusiles de rayos infrarrojos. Magath indicó:

—En cuanto Dan, la doctora Kolmsee y yo salgamos de la astronave, vigilad atentamente la selva, y si veis surgir a las bestias salvajes, disparad contra ellas y abrasadlas a todas.

—Así lo haremos, comandante —respondió Zitto, con quien había hablado Dan Sommer un minuto a solas, antes de que éste y Elfi Kolmsee se reunieran con Guido Magath.

—Bien. Procuraremos estar de vuelta lo antes posible, muchachos.

—Suerte, comandante —deseó la rubia Nadia. —Gracias —sonrió Magath, y abrió la puerta de la astronave, al tiempo que hacía descender la escalera mecánica.

Segundos después, Guido Magath, Dan Sommer y Elfi Kolmsee abandonaban la *Zetrom* 2000, empuñando sus pistolas de rayos láser.

Con toda rapidez, se introdujeron en la *Bacrom* 2002. Zitto, Nadia y los otros seis miembros de la tripulación apuntaron con sus fusiles hacia la espesura de la jungla, desde la puerta de la astronave.

Por el momento, sin embargo, no surgió fiera alguna. El comandante Magath, Dan Sommer y la doctora Kolmsee ya estaban recorriendo la *Bacrom* 2002.

Encontraron lo que esperaban encontrar: esqueletos humanos.

Catorce, exactamente.

De los otros dieciséis miembros de la tripulación, ni rastro.

Pero Magath, Dan y Elfi sabían dónde encontrarían sus esqueletos. En la selva.

Allí habían perecido esos dieciséis tripulantes, devorados por las bestias salvajes o por las plantas carnívoras que hacían de Oltano un lugar peor que el mismísimo infierno, como ya señalara Dan Sommer.

—Debemos abandonar cuanto antes este maldito planeta, comandante, o todos nosotros moriremos también —dijo Dan.

Magath se volvió súbitamente hacia Dan Sommer y Elfi Kolmsee y les apuntó con su pistola de rayos láser.

—Tú y la doctora Kolmsee no podréis abandonar Oltano, Dan. Vais a quedaros para siempre aquí, aunque no vivos, porque yo os voy a matar á los dos.

—¿Se ha vuelto loco, comandante? —exclamó Sommer.

—No, estoy perfectamente cuerdo. A ti quiero matarte para vengarme de las dos palizas que me propinaste, Dan. Y a la doctora Kolmsee, porque prefiere acostarse contigo que conmigo, la muy estúpida. Cuando regrese a la *Zetrom* 2000, diré que las bestias salvajes nos atacaron en la *Bacrom* 2002 y acabaron contigo y con la doctora Kolmsee.

—No le servirá de nada, comandante.

—¿Por qué no?

—Llevo un pequeño micrófono en el cinto, y todo lo que usted ha dicho ha sido oído por Zitto, Nadia, y los otros.

Guido Magath cambió de color.

—No es verdad, maldito… Tratas de engañarme, lo sé.

—No le engaño, comandante. Mire, aquí está el micrófono.

Sommer se lo mostró.

Magath aún palideció más.

—Estoy perdido… —murmuró.

—Irremisiblemente. ¿Me da su pistola, comandante? —Sommer tendió su mano izquierda—. Será mejor para usted.

—¡Nunca, bastardo! —rugió Magath, enloquecido, y disparó sobre Dan Sommer.

Este, que ya esperaba una reacción semejante, saltó velozmente de lado y arrolló deliberadamente a la doctora Kolmsee.

El rayo láser no dio en el blanco.

Magath quiso disparar de nuevo, pero Dan Sommer, desde el suelo, se le anticipó.

Y Dan no falló.

Guido Magath aulló estremecedoramente al ser alcanzado en el pecho por el rayo láser y se derrumbó en el acto, abrasado.

Todavía se retorció unos segundos en el suelo, entre gemidos.

Después, quedó rígido.

Había muerto.

EPILOGO

La *Zetrom* 2000 surcaba de nuevo el espacio sideral a fantástica velocidad.

Oltano, el planeta hambriento, había quedado atrás

Y todo el Sistema Orión.

Dan Sommer y Elfi Kolmsee no tuvieron dificultades para regresar a la *Zetrom* 2000, pues no se vieron atacados por las bestias salvajes de Oltano cuando abandonaron la *Bacrom* 2002.

Y no porque no las hubiera, muy próximas al claro

de la jungla.

Estaban allí, acechando entre la maleza, a la espera de que sus víctimas se adentrasen en la selva, para dar buena cuenta de ellas.

Se quedaron con las ganas, porque ninguno de los miembros de la tripulación de la *Zetrom* 2000 se internó en la peligrosa jungla.

Hubiera sido un grave error, anteriormente cometido por gran parte de las tripulaciones de la *Bacrom* 2002 y la *Sytrum* 2001, lo cual les supuso la muerte. Una horrible muerte.

Tras permanecer unas horas en el puente de mando, Dan Sommer se retiró a descansar. Fue al camarote de la doctora Kolmsee, porque sabía que ella le estaba esperando.

—Dan… —le sonrió suavemente Elfi, al verle entrar.

—Hola, cariño —le devolvió la sonrisa Sommer, y seguidamente le dio un beso.

—¿Te sientes mejor?

—No, me siento igual.

—Oh, Dan…

—Maté al comandante Magath.

—En defensa propia. El disparó primero. Quería matarnos a los dos. Zitto, Nadia y los demás lo oyeron. En la Tierra no te

castigarán por ello, toda la tripulación declarará en tu favor. Y yo la primera. Contaré lo que tuve que hacer para que el cerdo de Magath te devolviera al servicio activo. Cuando sepan eso…

Dan Sommer le cogió el rostro con suavidad.

—Te quiero, Elfi.

—Lo sé, Dan. Y tú también sabes lo mucho que yo te quiero a ti.

—¿Querrás casarte conmigo, cuando estemos de nuevo en la Tierra?

—¿Tú qué crees? —repuso la joven doctora, radiante de dicha.

—Tengo la esperanza de que aceptes.

—Aceptaré, ya lo creo que aceptaré —respondió emocionadamente Elfi Kolmsee, y no esperó a que Dan Sommer la besara.

Fue ella la que le besó a él.

Con increíble pasión.

Dan Sommer la estrechó contra sí y le devolvió el beso con idéntica fogosidad.

Algunos minutos después, hacían el amor.

Y con más ganas que nunca.

FIN